

CRISTIANIDAD

Año XLIV
NUMEROS 678-679
BARCELONA
SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1987

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

- Editorial: EL SANTO ROSARIO (G.P.M.)
ALOCUCION DEL PAPA AL SINODO SOBRE LA VOCACION DE
LOS LAICOS
EL PAPA EXHORTA A REZAR EL ROSARIO
EL ROSARIO EN LOS DOCUMENTOS PONTIFICIOS (R.P. Manuel
de Tuya O.P.)
SANTO DOMINGO DE GUZMAN (S.P.)
PERFIL HISTORICO DEL ROSARIO (Antonio Huguet, O.P.)
EL SANTO ROSARIO Y LOS PAPAS (Audiencia General de Pablo VI)
CARTA DE LEON XIII EN QUE RESUME SUS ANTERIORES EN-
CICLICAS SOBRE EL SANTISIMO ROSARIO
ENCICLICA DE PIO XI SOBRE EL SANTO ROSARIO DE LA BIE-
NAVENTURADA VIRGEN MARIA
ENCICLICA DE PIO XII SOBRE EL REZO DEL ROSARIO MA-
RIANO, MAXIME EN EL MES DE OCTUBRE
EL ROSARIO EN LA EXHORTACION APOSTOLICA «MARIALIS
CULTUS» DE PABLO VI
AUDIENCIA DE JUAN PABLO II: REZAR CON MARIA Y COMO
MARIA
LAS QUINCE PROMESAS DE LA SANTISIMA VIRGEN DEL
ROSARIO
LA BATALLA DE LEPANTO Y EL ROSARIO (Antonio Amado)
EL SANTO ROSARIO EN LA PREDICACION DE MONSEÑOR
JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER (M.^a Dolores Fernández
Garrido)
DE LA HOMILIA DE JUAN PABLO II EN KINSANGANI, ZAIRE
EL ROSARIO Y SU MISTICA FILOSOFIA (Torrás y Bages)

El Santo Rosario

La Iglesia, maestra de la humanidad, se está preparando para la celebración del segundo milenio de la venida del Redentor. En esta situación, el Papa ha proclamado un año mariano, que nos invita a recrear en nosotros la vivencia interior que la Madre-Virgen de Nazareth experimentó. El Santo Padre ha abierto esta ocasión de reencontrarnos con Cristo, rezando el Santo Rosario en la basílica de Santa María la Mayor en conexión con los principales santuarios marianos del planeta.

En un mundo en el que la fe católica está amenazada por la distorsión programada y sistemática de todos sus contenidos, y por la sordina que se pone a todas sus advertencias, es preciso, más que nunca, recuperar el arma que la providencia divina ha dispuesto para librarnos de esos peligros: el Santo Rosario. Santo Domingo la recibió de manos de la Virgen, para triunfar sobre los retorcidos albigenses; el papa San Pío V lo celebró como gracia que salvó a Europa de la amenaza turca y la conservó cristiana; León XIII, con incansable insistencia lo recomendaba cada mes de octubre de su pontificado: modernos «turcos» hacían, nuevamente, peligrar la cristiandad de Europa. Las dos grandes apariciones de la Madre de Dios reconocidas por la Iglesia: Lourdes y Fátima, están envueltas por el aroma del Rosario. Bernardette recibió la visita de la Inmaculada mientras estaba rezando el Rosario, y en Fátima, la Virgen pide que se rece el Rosario cada día, pues sólo por la penitencia y la oración se evitarán los grandes males que acechan a la humanidad en estos tiempos. ¡Hay que rezar el Santo Rosario! Es la oración para los momentos en que la orgullosa bestia pretende devorar la fe de los miembros de la Iglesia.

En la contemplación de los quince misterios recibimos una catequesis completa, hecha al calor del amor a la Virgen; amor que se refuerza por la repetición de las avemarías.

Este rezo hace humilde al orante, que repite siempre lo mismo sin pretensiones, deseando sólo decir llanamente su amor; y en esa humildad se crece en humanidad, pues profundiza en su mente la búsqueda del Escodido en lo más hondo de él.

Cuando el Rosario se reza en familia, como insistentemente piden los Papas, las gracias se multiplican. La familia, allí donde aprendemos lo más básico y verdadero para la vida, ha de ser escuela de oración, escuela del trato amoroso con Dios, fuente de todo amor.

Es muy significativo que el Papa, en este Año Mariano haya convocado la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que trata de la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el Mundo veinte años después del Concilio Vaticano II, precisamente ocupando todo el mes de octubre, mes del Rosario. Es como si pretendiese indicarnos lo adecuado de esta oración a la forma de vida que los laicos realizamos. El Rosario no precisa liturgias complicadas, ni libro de rezos, ni coros, ni difíciles meditaciones; el Rosario es simple, con la simplicidad de lo perfecto; se puede rezar solo y aún mejor en familia.

El Rosario es la oración para estos tiempos difíciles; el Rosario es la oración para este Año Mariano que la gracia de Dios nos ha dado la dicha de estar celebrando.

G. P. M.

El Sínodo en su perspectiva cristológica, mariana y eclesial

ALOCUCION DEL SANTO PADRE DURANTE LA VIGILIA DE ORACION EN LA BASILICA DE SAN PEDRO (3-X-87)

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, religiosos y religiosas, laicos, jóvenes y adultos:

1. Al anochecer de esta serena tarde, nos encontramos aquí reunidos para una vigilia de oración.

Pastores y laicos estamos aquí congregados como un inmenso pueblo que marcha siguiendo a Jesucristo resucitado, en unión con María.

Estamos aquí para orar por el éxito del Sínodo sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia, a la luz de las enseñanzas del Concilio Vaticano II, la gran Asamblea ecuménica que ahora cumple, precisamente en estos días, los veinticinco años de su inicio.

Nuestra oración quiere ser ante todo una expresión de nuestra fe en la omnipotencia del Señor, de nuestra confianza en la Providencia, hoy que el hombre cede a menudo a la tentación de creerse el artífice exclusivo o principal del bien y del progreso tanto civil como eclesial.

La oración que juntos elevamos es pues una petición de ayuda y de consejo al Señor, dador de todo bien, para que acompañe los trabajos del Sínodo de los Obispos que acaba de iniciarse; es una petición de asistencia al Espíritu Santo, para que colme de sus dones las mentes y los corazones de los padres sinodales y de cuantos participan por diversos títulos, con actitud de recíproca colaboración, en esta Asamblea tan extraordinaria por sus componentes y tan comprometida por los temas que debe afrontar.

2. El rezo del Santo Rosario, por su parte, con su carácter sencillo y profundo al mismo tiempo, contribuye a colocar al Sínodo en su justa perspectiva. La perspectiva cristológica, mariológica y eclesial, que por sí sola revela la íntima razón de ser de sus trabajos, su finalidad y el criterio mismo de su proceder y desarrollo. ¡Todo a la luz de Cristo, de María y de la Iglesia!

En el Rosario contemplamos los misterios de Cristo a través de los ojos de María: Ella nos los descubre, nos los hace gustar, nos los hace accesibles, «proporcionados» —podríamos decir— a nuestra pequeñez y fragilidad.

María es al mismo tiempo «portavoz» de la humanidad ante Cristo. De la humanidad sufriente, oprimida, en la búsqueda de la verdad y la salvación. María está en el vértice del Pueblo de Dios para interceder en favor de todos los fieles que lo componen.

3. El misterio de María es rico en sugerencias para la comprensión del carisma laical. El Santo Rosario es una de las oraciones más significativas del fiel de toda edad y condición. En el Santo Rosario, incluso el más humilde y más pequeño hijo o hija del Pueblo de Dios descubre en plenitud su vocación bautismal, su sacerdocio profético y real, adquiere en María y mediante María, una extraordinaria capacidad de impetración ante el corazón de Cristo y del Padre.

María misma, en el Santo Rosario, acoge las oraciones de los pobres y de los humildes y les confiere una potentísima facultad de intercesión ante el trono del Altísimo.

El Rosario, a través de María, hace descender, por así decirlo, la luz salvífica de todos los misterios de Cristo en las circunstancias y en las dificultades de la vida cotidiana corriente, del trabajo, de la fatiga, de la duda, del sufrimiento, de la vida social y familiar, y lo transfigura todo, lo eleva y lo purifica.

4. He aquí la razón de este Santo Rosario por el Sínodo. Este quiere ser la voz, la oración del Pueblo de Dios que acompaña, por mediación de María, los trabajos de los padres sinodales.

Es la oración que nace de la conciencia de la función materna de inspiración y de protección que María desempeña en relación a la Iglesia. También para este Sínodo, nosotros esperamos de María una intervención iluminante y corroborante, como tenemos el derecho y el deber de esperar para toda reunión eclesial que nos empeña particularmente en la búsqueda de la voluntad de Dios.

El Rosario nos presenta, en la perspectiva de los misterios de Cristo y de María, las vicisitudes que aúnan la vida de todos los cristianos: son misterios de gozo, de sufrimiento, de gloria, misterios que hablan de gracia, virtud y santidad. Y estos son, pues, los misterios que deberán centrar la atención del Sínodo. Deberán brillar siempre ante los ojos de nuestros Pastores. De ellos, fundamentalmente, brota la dignidad del laico.

5. Así —al meditar con María— contemplamos, en su vida y en la de su Hijo, la vida de todo cristiano, del común fiel. Este llamado a vivir dentro de las transitorias y a la vez fascinantes responsabilidades culturales, familiares, sociales, políticas y laborales, tiene un criterio, posee una razón fundamental de toda su acción: la vida misma de Cristo y su Palabra, que se nos ofrecen con absoluta verdad a través de la ininterrumpida tradición de la Iglesia y de su magisterio.

Esta palabra viva de Dios inspira siempre nuevas iniciativas pasando a través de la pasión de millones de hombres que, en su esfuerzo por traducir en el origen histórico y temporal las exigencias del Evangelio, llevan los frutos a los que Jesús se refería cuando confiaba a los Apóstoles la misión decisiva: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado (Mt 28, 19-20).

6. Desde lo alto de la cruz, justo en el momento de la aparente derrota, el Hijo de Dios habla de una vocación, formula una misión: «¡Mujer, ahí tienes a tu Hijo!»... «¡Ahí tienes a tu madre!» (Jn 19, 26-27).

María no sólo nos precede en el «sí» total a Dios, sino que además nos enseña a hacerlo nuestro en las circunstancias en las que cada uno de nosotros está llamado a vivir. La valentía de su obediencia, la mirada siempre dirigida a Cristo, la vida radicalmente orientada hacia Dios, sus activas iniciativas de caridad con Isabel, en las bodas de Canán, durante el ministerio público del Hijo, a los pies de la cruz, en el Cenáculo, son otros tantos momentos que nos presentan a María como Madre de la vocación y de la misión cristiana. ¿No es quizá una coincidencia significativa y singular que los trabajos del Sínodo se desarrollen precisamente durante la celebración del Año Mariano?

Esto también es para nosotros un motivo de gran esperanza. Al encontrar en mis viajes apostólicos, la realidad conmovedora de nuevas agregaciones laicales, de nuevos movimientos de asociaciones, de un número cada vez mayor de jóvenes y de adultos que descubren o redescubren en Cristo viviente la razón de su esperanza y de su alegría, no puedo dejar de pensar en el efecto de la intercesión de María que obtiene de su Hijo siempre nuevas gracias para todos.

Sí, Madre, he aquí a tus hijos. Concédenos de este Sínodo, que se abre en el veinticinco aniversario del inicio del Concilio, comprender mejor, a su luz, la vocación y la misión que tu Hijo ha querido para cada hombre. Que así sea.

EL SANTO PADRE EXHORTA A REZAR EL ROSARIO

ALOCUCION DOMINICAL ANTES DE RECITAR EL ANGELUS (29-X-1978)

Queridos hermanos y hermanas:

Nos encontramos de nuevo para rezar el **Angelus**, igual que hace una semana. Ha pasado de prisa esta semana tan rica en encuentros y visitas importantes.

Hoy, último domingo de octubre, deseo atraer la atención hacia el Rosario. Pues octubre es el mes dedicado al Rosario, en toda la Iglesia.

El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad. En esta plegaria repetimos muchas veces las palabras que la Virgen María oyó del Arcángel y de su prima Isabel. Palabras a las que se asocia la Iglesia entera.

Se puede decir que el Rosario es en cierto modo un comentario-oración sobre el capítulo final de la Constitución **Lumen gentium** del Vaticano II, capítulo que trata de la presencia admirable de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, con el trasfondo de las Avemarías pasan ante los ojos del alma los episodios principales de la vida de Jesucristo. El Rosario en su conjunto consta de misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, y nos ponen en comunión vital con Jesucristo a través —se puede decir— del Corazón de su Madre. Al mismo tiempo nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entran en la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana.

El Rosario en los documentos pontificios

Este año mariano de 1987/88 es un año para dedicarlo a la Virgen María e ir por su mediación a Cristo. Puesto que el Rosario es para la Iglesia una oración predilecta, se desea presentar el Rosario en un estudio sobre el mismo, destacando valores y rechazando tantas falacias que se hacen tantas veces para justificar el no rezarlo. El Concilio Vaticano II lo recomienda «en mucho» (L.G. cap. 8, n. 67). ¿Por qué todo ello? lo recomienda «en mucho» (L.G. cap. 8, n. 67). ¿Por qué todo ello? Reproducimos este artículo del R.P. Manuel de Tuya O.P. publicado en «Iglesia - Mundo» n.º 348-349.

VALOR ESTRUCTURAL Y PSICOLOGICO DEL ROSARIO

Hace falta reflexionar sobre el valor estructu-

ral que tiene, y ver la pedagogía psicológica que encierra. Y un primer punto que se desea destacar, en esta estructuración, es que la doble conjunción que tiene —oral y mental— es bíblica.

1. La oración «vocal» es bíblica

Es un hecho rápidamente perceptible. El **Paternoster** es enseñado por Cristo a petición de los Apóstoles (Lc 11, 1). San Mateo (6,9-13) y S. Lucas (11, 24) lo transmiten. Es la oración que Cristo deja a los hombres, incluso, para la hora de la plenitud —con el Reino instaurado—, y así insertarse más y más en ella.

El **Ave María**, en su primera parte, es el saludo del Angel a María, en la Anunciación, añadiéndose el nombre de María al principio y el de Jesús al final de la primera parte, combinada con la bendición que le dirige su familiar Isabel, relatado por S. Lucas (Lc 1, 42).

La adición del nombre de María es muy antigua, pues aparece ya en el «Antifonario Gregoriano», en la dominica IV de Adviento, y en la Misa votiva de la Virgen, compuesta por el monje Alcuino, en el siglo VIII. (1)

El nombre de Jesús se introdujo mucho más

tarde. Pues no figura en la «Expositio Salutationis Angelicae», de Santo Tomás de Aquino. Parece ser que fue mandado añadir por Urbano IV (sobre 1262). (2)

El **Gloria Patri** es, en esencia bíblico, porque en el Nuevo Testamento se hace la revelación trinitaria, de la que se deduce la glorificación que por ello ha de dársele. Y las «doxologías» de las epístolas de S. Pablo facilitan su aportación bíblica, como cuasi fórmula, al mismo.

2. La oración «mental» es bíblica

La oración mental de la estructura del Rosario es, con evidencia, bíblica. Los misterios «gozosos» de la infancia de Cristo son parte de los dos primeros capítulos del evangelio de S. Lucas; los misterios «dolorosos» están tomados del ciclo evangélico correspondiente; y los misterios «gloriosos», los tres primeros son igualmente bíblicos: la Resurrección de Cristo está formada de este ciclo evangélico, la Ascensión, del evangelio (Mc 16, 19; Lc 24, 51), y de los Hechos de los Apóstoles (Hch 1, 1-11); la Venida del Espíritu Santo, de los Hechos de los Apóstoles (cap. 2), como complemento de los Discursos de Cristo en la Cena.

Los dos últimos misterios pudieran ser más discutibles. La Asunción de la Virgen y su complemento terminativo de la Coronación, siendo dogma de fe, es muy probable que estén, implícitamente, contenidos en la Escritura.

En todo caso, hay exegetas que admiten la continuidad implícita —revelación— de estos dos últimos misterios en la revelación que se hace en la Escritura, como un caso de «sensus plenior».

3. Otro elemento «bíblico» fundamental en la estructura del Rosario: Redentor y Mediadora

Otro elemento fundamental en la estructura del Rosario es que se conjuntan en él el Redentor y la Corredentora-Mediadora. Ambos han constituido por libre voluntad de Dios la redención de los hombres. Dice León XIII: «Este oficio no está en ninguna parte mejor expresado que en el Rosario». (Epíst. encícl. **Iucunda semper**).

Si toda gracia sobrenatural viene a los redimidos del mérito de la Redención, ésta ha sido constituida por la vida y muerte de Cristo; y, en María, por el mérito de su vida desde la encarnación del Verbo en Nazaret hasta la muerte de Cristo en el Calvario.

Por tanto, de suyo, a ellos ha de ser pedida. Por María sube a Cristo, y del Padre desciende por Cristo y María a los hombres. No se ha de imaginar esto al modo temporal humano, pero no por ello deja de ser una realidad auténtica sobrenatural en la eternidad.

Así esta oración tiene la ventaja de llevar en su estructura a Cristo y María. No prescinde del camino para ir a Cristo-María, como por Cristo se va al Padre. No se prescinde del doble recto camino para ir al Cielo. Tal es el orden establecido por Dios. Bien es verdad que no es necesario recurrir, explícitamente, siempre a María, porque implícitamente se reconoce el camino establecido por Dios. Pero si este no recurrir a Ella fuese negligente o positivamente culpable, se impediría la normal plena acción suya de Mediadora y Madre espiritual de los hombres, con las consecuencias consiguientes de los que se separan del camino de Dios.

En la oración **vocal** o **mental**, pues, no deberá estar ausente Ella. Pero tampoco lo deberá estar si la oración es **mixta**, como es el Rosario. En él, tanto en la oración «vocal» como en la consideración de los «misterios», están unidos el Redentor y la Corredentora-Mediadora. Ambos han de ser considerados para el que ora con el Rosario. Y esto en un doble aspecto:

a) Como tema de contemplación, amor e imitación. Y esto lo prestan los «misterios» bíblicos. Pues en algunos —Asunción, Coronación, etc.—,

virtualmente lo están, aparte que la oración vocal asocia constantemente a Cristo y María en el Rosario.

b) Como impetración de gracias. Aparte de la que surge en cada caso, por efecto de la contemplación de los «misterios», esta impetración la tiene igualmente la oración vocal del Rosario. Ya que si se pide al Padre, se le pide el Reino, que es todo el complejo de la obra de Cristo y María en las almas.

Esta conjunción del Redentor y Corredentora-Mediadora en el Rosario tiene su origen bíblico. Es el evangelio en el Rosario. Es la obra de Cristo y María unidos en la salvación de los hombres: «misterios» contemplados y revividos ahora en el Rosario.

Por eso, de suyo, y por este capítulo, el rezo del Rosario es superior a otro tipo de oración privada, por elocuente que sea, siempre que esté elaborada con elementos simplemente humanos. Por eso, a esto se añade el vigor y provecho religioso que deja en el espíritu el uso —rezo— de un pasaje inspirado, pues como dice Pío XII, estas páginas, «enriquecidas por divina virtud, tienen fuerza propia» (**Ench. Bibl.** n. 562). Siempre la «Palabra de Dios», dada a los hombres para su provecho espiritual, deja en el alma un fruto vigoroso de esta inspiración.

4. El contenido bíblico de la oración vocal

El «**Paternoster**». Ya San Agustín valoró la primera frase del «Paternoster» como una «*captatio benevolentiae*». Toda oración, máxime la de petición, debe de comenzar dirigiendo a Dios alguna alabanza, que le haga grato al que ora, que le disponga benévolamente a escuchar las peticiones que le van a ser dirigidas.

De aquí el utilizar la fórmula de considerar a Dios como **Padre**. Esta expresión en boca de Cristo rebasa no sólo el concepto filosófico de un Dios más o menos abstracto, sino por necesidad el mismo concepto judío de la paternidad de Dios. Para el judío la invocación o consideración de Dios como Padre no rebasa los límites de una paternidad metafórica: la especial providencia y predilección que Dios tenía del pueblo escogido, de un justo, del Mesías. Pero nunca logró alcanzar el concepto profundo de la paternidad de Dios en un cristiano —en cuyos labios lo pone Cristo— por la regeneración mediante la gracia. Sobre todo, se habla del «Paternoster» en su consignación

en el Evangelio, establecido ya el Reino, y con las virtualidades y perspectivas que en él iban implícadas, y que los evangelistas, con su incorporación al mismo, intentan destacar. Cristo sabía lo que era Dios Padre para el cristiano; y sabía que el Reino, que a continuación se pide, se establecía en los hombres por el bautismo, que les regeneraba, sobrenaturalmente, haciéndoles hijos de Dios.

De aquí la perspectiva de confianza que se abre, al hacer que se incorpore a Dios el que ora, con el concepto, profundo, de un Dios Padre verdadero. La omnipotencia se hará profundamente benévola por la bondad del cariño paternal hacia quien, siendo hijo suyo, así le invoca.

Fue también San Agustín el que distinguió en el «Paternoster» siete peticiones. Los exegetas modernos las reducen. En realidad las tres primeras son una sola. Tienen sólo una progresión o «presentación» literaria distinta, no conceptual.

La «venida del Reino», que se pide, no es otra cosa que la «santificación del Nombre de Dios», lo mismo que el «cumplimiento —enfático— de su Voluntad». Al menos en el estado actual del «Paternoster». A la hora en que Cristo enseñó esta oración, el Reino no estaba todavía establecido, no se había realizado aún esa gran santificación de su Nombre, el cumplimiento de su Voluntad.

Un pasaje del profeta Ezequiel expresa bien lo que será esta grande santificación. Israel está desterrado en Babilonia y no se comporta, religiosamente, como conviene; por lo que «profana» el «Nombre» de Dios —circunloquio por Dios mismo—, ya que Dios estaba vinculado a su pueblo por su «Nombre». Pero Dios anuncia por el Profeta la «santificación» del pueblo al renovarlo en virtud, y aparecer El lleno de grandeza (Ez 36, 20ss).

Mas, al ver los judíos que estas profecías no iban a tener cumplimiento inmediatamente después del Cautivarío, lo proyectan a los días «escatológicos», los días mesiánicos, y que esta era obra reservada al Mesías. Es lo mismo que se ve en las preces rabínicas de los días de Cristo. Sería esta gran «santificación de su Nombre», el gran «cumplimiento de su Voluntad»: sería la «venida de su Reino».

Por eso, en su sentido histórico, estas tres peticiones ruegan por el establecimiento del Reino en futuro. Tendrá su logro meritorio definitivo

en el Calvario y su valor constitutivo y triunfal en Pentecostés.

Hoy ya establecido, y con las virtualidades contenidas en el mismo, los evangelistas, al insertarlo en el Evangelio, con un valor de recitación indefinida, pretenden, seguramente, que se desentrañen las virtualidades encerradas en el mismo, y hacer que esta oración pida el establecimiento del Reino en extensión geográfica y en mayor penetración en las almas.

Estas peticiones constituyen al Rosario en la gran oración misional, ecuménica y mística. En su estado actual, la petición del «pan» del mañana o del día presente, ya que su valoración exegética tiene esta doble posibilidad, hace rogar por el sustento material. A todo atiende la Providencia divina, pero también tiene que ser preocupación y solicitud nuestra, no excesiva, pero sí suficiente y encomendada a Dios.

Se une también el ruego por el «perdón de los pecados» propios —y ajenos = nuestros—, pero comprometiéndose a un perdón, por caridad o justicia, de las ofensas del prójimo a nosotros. No en igualdad de deuda, lo que no sería posible, ya que el perdón de Dios a nosotros excede nuestro perdón al prójimo, pero sí se compromete el **hecho** del perdón. En el Rosario se encuentra la oración de «la gran caridad al prójimo».

En la última petición, con una sinonimia judía, se urge a Dios «nos libre de todo mal».

Dios Padre, rogando así para que establezca su Reino, traiga la paz a los hombres con el perdón de las injurias —no en vano su Reino es reino de paz—, y nos socorra con todo tipo de bienes, resulta evidentemente una oración maravillosa y digna de que Dios nos oiga con ella. Es «palabra» suya.

El «**Ave María**». Las tres primeras frases del Ave María están tomadas del saludo del Angel.

El saludo es lo más probable que no sea traducción idiomática del hebreo «paz» (**shalom**) sino del griego «alégrate» (**jaire**), por razón de las vinculaciones estilísticas que tiene con pasajes proféticos, cuya dependencia pide esta traducción.

El «**gratia plena**» no parece tampoco referirse solamente a todo tipo de gracias, preferentemente espirituales, pero previas como preparación a su maternidad divina, sino a toda gracia que le fue acordada en el plan de Dios, cuando a sus ojos, en la eternidad, «halló gracia». En este sentido, que es el que postulan los documentos de la Iglesia, especialmente Pío XII en la **Fulgens corona**,

es donde se valora este saludo como abismo de gracias, «tal como la tradición lo ha entendido». Y lo favorecería también la filología, en el sentido de que el verbo que se usa para exponer esta plenitud de gracias (**kejaritoméne**) sólo sale 12 veces en toda la literatura griega desde el siglo II a. C. hasta el siglo V d. C. Un verbo tan extraordinariamente raro, al ser usado aquí, se diría que se pretende también expresar con él algo, supremamente, extraordinario.

Es la perspectiva de máxima grandiosidad de María, pues toda esta gracia se le dio en orden a su maternidad divina. Si la gracia de María es superior a la suma total de la de todos los ángeles y santos juntos, se sospechará algo de lo que se le dice a María en el Rosario al llamarla, con las palabras del Ángel, «la llena de gracia».

«**El Señor es contigo**». No se dice en la Biblia de personas en circunstancias normales sino que se dice del Pueblo de Dios o de alguna persona a la que Dios ha impuesto un oficio arduo a realizar, y que importa la presencia eficaz de Dios, para llevarlo a cabo. Aquí es su obra de Madre de Dios y Corredentora de los hombres. Los que admiten en el **abstractum** del relato un elemento midráshico, ven en ella puntos de contacto con los profetas (cf. Sofonías 3, 16), en donde este estar de Dios «con» Ella sería estar Dios «en» ella.

El «**Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito (eulogeménos) el fruto de tu seno**» (Lc 1, 42), tiene su procedencia del libro de Judit (13, 18-19). En él, al que se bendice es al «Señor Dios»; y aquí por el procedimiento midráshico de «traslación», se identifica el «fruto de tu seno» con Dios (cf. Judit 13, 19; cf. Sof. 3. 16s: Yaweh está en tu «seno»=de Sión). Aparte que todo el contexto de estos capítulos de Lucas hacen ver que Cristo es Dios.

El «**Gloria Patri...**». Esta glorificación trinitaria es bíblica, porque es la «gloria que corresponde al Unigénito del Padre» (Jn 1, 14), revelación específica del Nuevo Testamento. A esto se unen, como contacto de formulación literaria, más o menos amplia, las «doxologías» de S. Pablo. Un ejemplo se encuentra en la Epístola a los Romanos (16, 25-27).

La oración vocal del Rosario, excepto la segunda parte del «Ave María», es totalmente bíblica. Y por serlo, es «Palabra de Dios», con la que alabamos a Dios y a la Virgen. Aparte que el «Paternoster», además de ser bíblicamente inspirado,

es la oración que Cristo enseñó a los hombres para dirigirse al Padre.

El «**Santa María, Madre de Dios...**». Esta segunda parte del Ave María es oración muy posterior, y no es directamente bíblica.

Se había pensado que esta parte se hubiese unido a la primera poco después del Concilio de Efeso (a. 431). Incluso lo defendía Baronio. Pero no es cierto, pues solamente se conoce unida esta parte a la primera muchos siglos después. Y no anterior al siglo XII. En el siglo XIII aparece por vez primera el «**Santa María, ruega por nosotros**», en el Breviario Cartujano. Las otras palabras: «Ruega por nosotros pecadores. Amén», se encuentran en otro Breviario del siglo XIV, de S. Bernardino de Siena y en los Himnos métricos del siglo XV (3). Las palabras: «Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén», no solían añadirse en España (4). En 1460 estaba en uso esta fórmula: «Ave María llena de gracia. El Señor contigo. Bendicta tú en las mujeres y bendicta tu madre y bendicto el fruto de tu vientre, Jesús. Virgen María, Madre de Dios, ruega por nos pecadores. Amén». (5)

Sin embargo, las palabras «Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén», se usaban en Roma y en otros puntos. El obispo de Maguncia, Bertoldo, había mandado, en 1493, que se terminaran las funciones sagradas en las parroquias con este modo en la Salutación Angélica. Y estas mismas palabras están en un códice editado por S. Antonino O.P., de Florencia y en la «Colección de las alabanzas cristianas» (6). Y se añade: «En el Breviario Romano del siglo XIV o acaso del XV, que guarda nuestra Biblioteca, aparece íntegra la Salutación Angélica casi del mismo modo en que ahora está en uso» (7). Y «la costumbre de la ciudad (Roma), aprobada por el Breviario Romano de Pío V..., hizo que aquellas palabras **ahora y en la hora de nuestra muerte**, añadidas al fin de aquella, fueran parte de la misma, al menos al ser pronunciadas en las Horas Canónicas por los que tienen obligación de recitarlas» (8).

El contenido de esta segunda parte del Ave María se compone de la mayor alabanza a la Virgen —«**Santa María, Madre de Dios**»—, y la petición de que ruegue siempre por «nosotros pecadores»: «**ahora...**», con toda la perspectiva de la vida, y «en la hora de nuestra muerte»: el momento cumbre de ella: el momento trascendental y definitivo.

A esto se pueden añadir los siguientes datos: S. Pío V, atribuyendo el triunfo de Lepanto, 7 de octubre de 1571, al rezo del Rosario por las cofradías del mismo, al año siguiente instituye la conmemoración de la Virgen María de la Victoria.

Gregorio XIII quiso que se llamase esta fiesta Ntra. Sra. del Rosario.

Clemente XI la hace fiesta universal en la Iglesia.

Benedicto XIII la introdujo en el Breviario Romano (cf. León XIII **Diuturni temporis**).

S. Pío X la fija el 7 de octubre (9).

León XIII consagra el mes de octubre a la Virgen del Rosario (**Laetitiae sanctae, Iucunda semper, Fidentem piumque, Diuturni temporis**); lo mismo hacen Pío XII (**Ingruentium malorum**) y Juan XXIII (**Il religioso convegno**). Pablo VI dice: «el mes de octubre (está) dedicado a Ntra. Sra. del Rosario» (**Christi Matri Rosarii**).

5. El contenido bíblico del los «misterios» del Rosario

«Leer el Evangelio es ver a Cristo a la luz de S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas o S. Juan. Pero la persona que mejor conoció a Jesús fue María. Hay, pues, un Evangelio de Jesús **según María**: el Rosario. En él se contempla a Cristo a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca de él» (10).

Que los misterios del Rosario sean bíblicos, excepción hipotética de los dos últimos —antes se dijo en qué sentido lo son o pueden serlo—, es claro.

Pero lo más importante de ellos es que son una serie de cuadros o escenas que presentan temas-ejes de la Historia de la Salvación. Son un exponente selectivo fundamental de esta historia.

Porque ante ella, el cristiano tiene una doble obligación: a) primero **conocerla**, y conocerla en los que son el modelo de salvación y santidad —Cristo y María—, y b) luego, actualizarla, al revivirla e incorporarse a ella. Y esto es **aspecto bíblico del Rosario**: presentar a la contemplación del cristiano este compendio esencial de la Historia de la Salvación, para lograr que, el rezo del mismo, se incorpore a la vida de Cristo y María, a través de como los presentan los diversos «misterios», y a través también de las diversas situaciones y necesidades de la vida personal de cada uno.

a) **Conocerlos**. El primer aspecto, en el fiel que reza el Rosario, es tener un conocimiento proporcionado, al menos, a sus exigencias cultu-

rales, del sentido bíblico de estos «misterios». Es el modo de poder luego, de un modo vital, pero lógico, incorporarse a ellos.

Este conocimiento bíblico de los mismos no se limita a su enunciación escueta; pues la enunciación de cada «misterio» es un evocar la escena neotestamentaria, para que sirva de contemplación en su amplio contexto.

¿Qué valor bíblico tienen estos «misterios»? Naturalmente, no se va a hacer aquí un análisis exegético de los mismos. Sí sería necesario un conocimiento amplio, incluso de matices bíblicos, en los cuales un día pueda centrarse el sesgo del tema de la meditación, por ser ese matiz el dato oportuno que necesita destacar la especial situación de un alma o de un momento de la vida.

b) **Para actualizarlos al «revivirlos»**. La Historia de la Salvación, que así se ofrece, sintética, pero en sus episodios fundamentales en los «misterios» del Rosario, tiene una segunda parte: se han de contemplar para **revivirlos**.

Los «misterios» de la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo, a diferencia de los hechos históricos de los grandes personajes, han de ser **revividos** por el cristiano de un modo místico, pero real.

Cuando se celebra v.g. el centenario de un gran personaje, se limitan sus homenajes a darlo a conocer, a evocarlo; a lo más, a presentarlo como un estímulo de conductas o empresas. Pero no pasa de ahí. El caso de la vida de Cristo es totalmente distinto.

El cristiano unido, vitalmente, a Cristo, como el sarmiento a la vid (Jn 15, 1ss), y formando con él un Cuerpo Místico, tiene que tener y pasar en su vida cristiana, místicamente, las fases de la vida de Cristo-Cabeza. De lo contrario, sería un miembro desproporcionado a la vida de la Cabeza.

De aquí que se tenga —se deba— de pasar por un «nacimiento» bautismal, un crecimiento, un desarrollo y madurez en Cristo. Nacimiento y «desarrollo» que es, místicamente, un equivalente a la «pasión» y «muerte» místicas, lo mismo que a la «resurrección». La muerte y negación al pecado es «resurrección» y es «nacimiento» o «renacimiento» espiritual.

A esta resurrección va a seguirle, ya en el tiempo, una mística ascensión», al tenerse una vida en los cielos, lo mismo que un día será, más que «ascensión», asunción real, después de la re-

surrección corporal, con la «corona» de premio correspondiente.

Y todo ello es obra de «Pentecostés», del Espíritu Santo que mora en la Iglesia, en los fieles, y los llena y gobierna como conviene.

Esta consideración mística que ofrece el Rosario debe de ser verdadera vivencia espiritual en quien lo reza.

Las mil fases y dificultades de la vida; la jornada diaria bien matizada de quehaceres, de perspectivas, de peligros, de metas a lograrse, encuentran en el Rosario los diversos modelos y modalidades propios a estas situaciones, interpretadas con fórmula cristiana. Y en su rezo, que no es contemplación fría científica, sino que ha de ser vivencia cálida, el alma se encuentra así entregada y vinculada a estos «misterios» como a fórmulas mágicas que le pueden resolver —que tantas veces le resuelven— ese tejido de situaciones tan dispersas que es la vida.

Así, v.g., el dolor encuentra su sentido y consagración cristiana en el dolor de Cristo, y por él y con él se vive la hora de dolor transformada en «resurrección».

Buen ejemplo de ello es una de esas horas de grandes pruebas en la vida. Cuando cargada el alma de dolor —ese dolor que oprime: la madre que muere, la situación económica estrecha en perspectiva...— y se toma el Rosario, y se clava toda la angustia del corazón en la Pasión de Jesucristo y mientras se pide la protección de la Virgen, en aquel universal «Santa María... ahora y...», el alma no sólo encuentra explicación a su dolor, sino que acepta esa cruz, y encuentra alivio y santidad y —¡tantas veces!— la solución que se pide. Estos son hechos de experiencia diaria. La «Palabra de Dios» en el Rosario se hace «mensaje» y «vida». No en vano las palabras de Cristo son «espíritu y vida» (Juan 6, 63) (11). Por eso, ante estos valores, Pablo VI quiere «una reanudación vigorosa y más consciente del rezo del Santo Rosario» (*Marialis cultus*, núm. 50).

León XIII, en su Epístola Encíclica *Optimae quidem spei*, hace una consideración muy importante sobre los que no alcanzan, al punto, el objetivo que se proponen con el rezo del Rosario. A ella se remite.

6. Las «objeciones» contra el rezo del Rosario

No podía ser de otra manera: había que impugnar una práctica en al que Dios y la Iglesia

están empeñados. Se suelen poner varias objeciones. Véanse.

a) La primera es la dificultad de meditar sus «misterios». Es verdad que supone algún esfuerzo, pero no es más que un caso particular del esfuerzo que supone toda actividad religiosa nuestra si ha de ser eficaz. Querer santificarse inconscientemente, buenamente, es como no querer santificarse. «El Reino de los Cielos —dice Jesucristo— sufre violencia y los esforzados lo arrebatan» (Mt 11, 12). Paul Claudel, el gran poeta convertido la noche de Navidad en la catedral de Nuestra Señora, de París, escribe a este propósito: «Habría que rezar siempre con gran atención el Rosaio. Pero nuestra pobre cabeza, ocupada en tantas cosas humanas, no siempre es capaz de conseguirlo... Llegamos a veces al fin del Rosario sin saber casi lo que hemos dicho. Sólo se han movido nuestros labios. Nuestro corazón y nuestra alma apenas si han notado el más leve sentimiento de devoción. ¿Habremos hecho una cosa inútil? ¡Ni mucho menos! Hemos hecho algo de lo que hemos podido. Y los niños, los enfermos, que son los predilectos de Dios, no rezan de otra forma. Tal vez esas pobres palabras nuestras se hayan transformado entre los dedos de Nuestra Señora en perlas brillantes, como le parecía ver a Bernardita, las cuentas del Rosario que pasaba la Virgen mientras ella rezaba. Así, pues, a pesar de nuestras distracciones, de nuestro cansancio y de nuestra torpeza, continuemos diciendo lo mejor que podamos las Ave Marías de nuestro Rosario» (12). ¿Qué pasa tantas veces con la meditación? ¿Y por eso habría que dejarla? Sobre todo, hasta que ya se acostumbró el espíritu a esa práctica, que luego hay facilidad en ella. Más aún, ¿qué pasa cuando no hay esfuerzo en cualquiera de los actos religiosos, incluida la misma misa? Acusar de difícil el rezo del Rosario, por no poner esfuerzo, es excusa, pero es falacia.

Además, que no se ha de buscar en esta meditación de los «misterios» del Rosario especulación, sutileza. Se busca amar a Jesús y María en sus «misterios». El P. Vayssiere, muerto en olor de santidad, siendo provincial de los dominicos de Toulouse, decía: «Recitad cada decena no tanto reflexionando cuanto comunicándoos por el corazón a la gracia del «misterio», al espíritu de Jesús y de María tal como nos lo representa cada «misterio» del Rosario (13). No utilizar, no especular, sino darse, unirse, vivir la vida de Cristo.

b) Otra objeción es —dicen— que no se pue-

de armonizar, atenderse a un mismo tiempo a la oración mental y vocal de que consta el Rosario. Claro que esto de una manera clara no es posible. Ni con el rezo del Rosario se pretende una atención clara a esta doble clase de oraciones. La oración vocal es una protesta de amor a María. Por eso basta esa comprensión amplia, vaga, de saber que la estamos honrando. Durante la meditación misma de los «misterios» —y en absoluto no haría falta— surgen muchas veces, como chispas de incendio sacro, interfiriendo las escenas, los «pasos» de Jesús, el nombre y trozos de nuestra súplica a ella. La atención ha de fijarse en la meditación de los «misterios». Es alabar a María y pensar en Jesús. No se ofenderá la Virgen por ello. Pedimos a María, al pensar en Jesús, que grabe en nuestra vida sus «pasos» para que sigamos con él el camino del cielo.

c) Otra objeción en la que pretenden hacerse fuertes es la repetición incansablemente monótona del «Ave María». Pero Jesucristo, cuando enseñó a sus discípulos a orar, dijo que no interesaban a Dios discursos variados, pues sabe de antemano lo que vamos a pedirle (Mt 6, 7). Lo que le interesa es amor. Lacordaire, el genial predicador de Nuestra Señora de París, decía, resolviendo esa objeción conta un público incrédulo y liberal: «El amor no tiene más que una palabra, y diciéndola siempre no la repite nunca» (14). Sabía muy bien Lacordaire lo que era la psicología del amor. El amor no pide más que amor. «Piensa que la repetición no es síntoma de rutina, sino ley de vida. El campesino sale al campo y, al sembrar, repite un gesto que entonces mismo puede parecer inútil, aburrido, rutinario. Pero él sabe que está cargado de promesas. Cuanto más repita ese gesto, más cosecha tendrá (15). A este propósito dice Pío XI: «¡Qué lejos del camino de la verdad andan aquellos que desprecian como fastidiosa esta plegaria, por la constante repetición de las mismas preces, y que, por esto, creen que es práctica sólo adecuada a niños y a mujeres! A esto hay que hacer notar, en primer lugar, que la piedad, lo mismo que el amor, no se cansa por repetir con frecuencia las mismas palabras, y el fuego de la caridad que las inflama hace que siempre contengan algo nuevo» (16). Es la psicología del amor. Y lo mismo añade Pío XII: «La misma recitación de fórmulas idénticas, tantas veces repetidas, lejos de hacer la oración estéril y enojosa, posee una admirable virtud para infundir confianza en el que reza y hacer dulce violencia al corazón ma-

terno de María» (17). Ya decía León XIII: «Esta misma situación la repetimos con tanta frecuencia para que nuestra pobre y difícil oración se penetre y fortifique de la confianza necesaria, suplicándole que ruegue a Dios por nosotros en nombre nuestro» (**Lucunda semper**).

Psicológicamente, el hecho de repetir con los labios el Ave María, en lugar de disipar o neutralizar, por monotonía, los «misterios», fija la atención, facilita el estarse recogidos, para fijar el espíritu en la contemplación del «misterio». Es lo que destaca, con fino análisis, León XIII: Este «modo de orar es eficaz para fijar el espíritu» (**Lucunda semper**).

Enrique Menéndez y Pelayo sintetiza así el contenido de la profunda psicología del rezo del Rosario:

«Tú que esta amable devoción supones monótona y cansada, y no la rezas porque siempre repite iguales sonos;

*tú no entiendes de amores ni tristezas:
¿qué pobre se cansó de pedir dones?
¿qué enamorado de decir ternezas?»*

d) También, se añade, que no hay tiempo para dedicarlo, a esta práctica religiosa en la vida moderna. Es cierto que la vida moderna es de gran ajeteo, pero no es menos cierto que, en ella, se pierde mucho tiempo. Recuérdese el cuadro diario —para tantos— y el tiempo que se emplea en clubs, cines, teatros, fútbol, deportes, televisión, radio, etc. ¿Es posible que de todo el tiempo empleado en estas cosas no se puedan sacar unos minutos para el rezo del Rosario individual, y mejor aún familiar? como insisten Pío XII («en los discursos citados) y Pablo VI, en la «Marialis cultus».

Siempre se puede señalar una hora oportuna para todos o casi todos los miembros de un hogar. ¿O será pospuesta para todos o casi todos los miembros de un hogar. ¿O será pospuesta la Virgen a una proyección, v.g., en el televisor? No. No falta tiempo. Sino que en este mundo materialista y hedonista en que se vive no se quiere retraer nada de lo que sea diversión o placer. Y mucho menos se quiere hacer positiva violencia y esfuerzo contra esas fáciles tendencias de uno mismo. Pero tiempo... ¡lo hay! Incluso durante el día, en pequeños ratos se puede rezar una decena, v.g., en los descansos del trabajo, y así re-

partir las cinco decenas a través del día, con lo que se santifica y enfervoriza más este. Falta muchas veces la voluntad de hacerlo. Pero este es un esfuerzo que se debe de hacer. Lo pide —el rezo— la Virgen y la Iglesia. ¿No se las escuchará? ¿Por qué...?

e) **¿La práctica del Rosario no puede ser «sustituida» por otra?** Hay, por último, quien dice: que no hace falta rezar el Rosario, pues se puede suplir con otra práctica religiosa, incluso mariana, más en consonancia con los tiempos, o con el temperamento de determinadas personas.

La objeción, que, en determinados casos temperamentales, puede ser verdadera, es, de suyo, más especiosa que justa. Porque es un hecho de experiencia que, ordinariamente, el que propone sustituirla, la deja. Es un cambio que falla. Puede haber algún caso —casos más bien escasos— en los que la objeción y el cambio puedan ser válidos. En este caso, el cambio, será verdad, y no pretexto, a la larga, de supresión.

Pero si esto puede ser en algún caso verdad, siempre queda para la casi totalidad una pregunta: ¿Si esta oración la piden, reiteradamente, una constelación de Papas —los Vicarios de Cristo—, que es Cristo mismo, y la Virgen, en sus serias apariciones de Lourdes y Fátima, por qué no se los escucha? Dice Pío XII: «Nos es bien conocida su poderosa eficacia (del Rosario) para obtener la ayuda maternal de la Virgen; la cual, aunque pueda conseguirse con diversas maneras de orar, sin embargo, estimamos que el **santo Rosario es el medio más conveniente y eficaz**, como lo recomiendan su origen, más celestial que humano, y su misma naturaleza (18). León XIII escribe: «Respecto de las fórmulas y maneras de agasajos a la divina Madre han de ser preferidas las que conozcamos que en sí mismas son mejores y a Ella más gratas, nos complace señalar expresamente el Rosario e inculcarlo encarecidamente». Y Pío XI insiste en lo mismo: «Entre las diversas y muy útiles plegarias que dirigimos a la Madre de Dios, obtiene especial y principalísimo lugar el Santo Rosario». Si se quiere responder con toda verdad a la pregunta antes hecha —¿por qué no se escucha a la Virgen y a los Papas?— hay que decir que es por pereza o indiferencia, lo que es por falta de fe viva y por hedonismo, frente a un pequeño esfuerzo. No es, normalmente, otra la razón.

Pero esta no es razón. Si la medida de las prácticas religiosas van a estar al subjetivismo

caprichoso de las personas, la práctica religiosa va a adolecer de puro subjetivismo. Y esto no es lógico. La verdad y conveniencia religiosas son indicadas por la Iglesia. Si no se responde a ellas —en las que no son preceptivas—, sin motivo auténtico, es un fallo en la vida religiosa, con las repercusiones que han de tener como secuela. Hay muchas gracias de Dios prevenidas y vinculadas a una determinada práctica de piedad, y que no serán logradas si no se pone el medio que para alcanzarlas Dios pide. Como aquí. Y aquí no cabe discutir el porqué, que, al fin, es secreto de la voluntad de Dios, sino que hay que atenerse a sus designios, que son siempre providencia benévola y ventajosa. No cabe más que decir —haciéndolo— el «hágase tu voluntad...». Y de la voluntad de Dios, hecha realidad por los hombres, no cabe esperar más que bendiciones. Y hasta los Papas, en parte, ven este secreto de su validez en la historia de sus incalculables beneficios, de todo tipo, y hasta en los sociales, «en una edad sumamente adversa al Cristianismo, y muy semejante a la nuestra» (León XIII, **Optimae quidem spei**).

7. Modos de rezar el Rosario

Lo fundamental en el rezo del Rosario es la conjunción de la oración vocal y mental. Pero la atención ha de ir a la contemplación del «misterio». Sobre esto dice León XIII: «El Rosario comprende a la vez un orden fijo de oración y la piadosa meditación de los misterios de la vida del Salvador y de su Madre» (**Laetificae sanctae**). Pío XI enseña que en el Rosario la oración vocal está unida con la «meditación de los misterios» (**Ingravescentibus malis**). Pío XII escribe: «Añadiéndose, además, a la oración vocal la meditación de los sagrados misterios» (**Ingruentium maiorum**). Lo mismo insisten Juan XXIII (**Grata recordatio**), y en la que también habla de oración meditada». Y Pablo VI hace ver que la meditación de los «misterios» es parte «esencial» del Rosario (**Marialis cultus**, núm. 47). Cada uno puede tener y buscar sus resortes —pequeña estrategia de esfuerzo y tacto— para lograrlo. En el fondo todos coincidirán. Pero en los resortes personales puede haber matices.

Después de un acto de contrición, que servirá también para centrar el recogimiento inmediato y de pedir con una breve invocación a Dios su asistencia para el fructuoso ejercicio —humildad,

atención, fervor—, se pasa al rezo del Rosario. Para facilitarlos se presentan tres paradigmas de orientación para el rezo fructuoso del mismo: para una fructuosa y afectiva meditación de los diversos «pasos».

a) El método del P. Vaissiere O.P., antes citado, muerto en olor de santidad, decía a propósito del rezo del Rosario: «Recitad cada decena no tanto reflexionando cuanto comunicándoos por el corazón a la gracia del misterio, al espíritu de Jesús y de María tal como lo representa el misterio» (19). No especular, no hacer disquisiciones; sino amar, entregarse por el corazón a la enseñanza, al espíritu que dan Jesús y María en el enfoque de sus misterios. Que sean fuente de vitalidad espiritual concreta según el «misterio» que se tiene delante.

b) El Papa Juan XXIII, en su encíclica sobre el Rosario de 29 de septiembre de 1961, después de firmar la Epístola Encíclica, añade, redactado por él mismo, una serie de consideraciones sobre los quince «misterios», que puedan servir como paradigmas en la contemplación de los mismos. Pero advierte en la misma encíclica que se puede proyectar sobre cada uno de ellos tres consideraciones, que titula así: 1) «Contemplación mística»; 2) «Reflexión íntima»; 3) «Intención piadosa».

El primero es la presentación del «misterio»; lo segundo es la enseñanza que se desprende de cada uno sobre el espíritu del orante; la tercera es la «intención» por quien se aplica el «misterio». Para cada uno puede tener finalidades distintas.

c) Una tercera forma paradigmática es situar, ante cada «misterio», el problema cotidiano o base —espiritual o material— de nuestra vida y

quehacer, para, ante el «misterio» de Cristo y María, aprender, con luz divina, irradiada de ellos, a resolverlo —imitarlos—, al tiempo que se pide fuerza —gracia— para llevarlo: o como cruz definitiva —v.g., una muerte o enfermedad crónica...— o hasta la hora que Dios señale para su fin —gracia temporal— con arrestos cristianos, o para caminar por la vida, siempre nueva y rica, de la virtud.

NOTAS

- (1) TROMBELLI, *De cultu publico ab Eccl. B. Mariae exhibendo*, dis. IV, cap. II, q. II.
- (2) ALASTRUEY, *Trat. de la Virgen S.* (1945), p. 946.
- (3) BERLIERE, *Angélique Salutatio*, D. Th. C., t. I, cl. 1276.
- (4) MARTIN DE ALPIZCUETA (Navarro), *De oratione et Horis canonicis*, t. I, cap. XIX, n. 130.
- (5) ALASTRUEY, o.c., p. 947, cf. nota 5.
- (6) CHRISTOF. MONFANG, *Katholische Katechismen...*, p. 16.
- (7) CH. MONFANG, o.c., I. c.
- (8) *Ibidem*.
- (9) GER (1974), tomo XX, p. 485.
- (10) *El Rosario...*, edic. Fe Católica (1978), p. 27.
- (11) M. DE TUYA, O.P., *La Palabra de Dios en el Rosario*, C. T. (1967), pp. 486-488.
- (12) *El Rosario...*, edic. Fe Católica (1978), p. 26.
- (13) *La Vie Spirituelle*, abril (1941), p. 281.
- (14) *Vida de Santo Domingo*, 1.ª edic. esp., t. I, p. 129.
- (15) *El Rosario...*, edic. Fe Católica (1978), p. 26.
- (16) *Encicl. «Ingravescentibus malis»*; cf. Documentos Marianos (BAC), número 658.
- (17) *Encicl. «Ingruentium malorum»*; cf. D.M. (BAC), n. 827.
- (18) PIO XII, *Encicl. c.*, o.c., n. 827; LEON XIII, *Optimae quidem spei*; PIO XI, *Ingravescentibus malis*.
- (19) *Vie Spirituelle*, abril (1941), p. 281; cf. M. DE TUYA, O.P., *Visión teológica de la actualidad mundial* (1952), p. 217.

SANTO DOMINGO DE GUZMAN

CRISTIANDAD N.º 9

Era el año 1170 cuando nació Domingo en Caleruega, del Obispado de Osma, en Castilla la Vieja, de muy ilustres padres, pues eran los Guzmanes de antiguo y nobilísimo linaje.

Siendo de edad de siete años enviáronle a que se educase y aprendiese con un tío suyo llamado Guillermo, que era arcipreste en Gumiel de Izán. Allí se aficionó tanto a las letras y al canto y oficio eclesiásticos, que sólo se ocupaba en estudiar, leer, orar y servir al coro.

La Universidad de Castilla estaba a fines del siglo XII en Palencia. Allí enseñaban los mejores maestros, y en torno suyo se agrupaba la caterva vocinglera de la juventud estudiosa. Allí apareció también Domingo, ávido de saber.

Su fama de virtud y sabiduría se extendió pronto por toda la comarca. El Obispo de Osma, que a la sazón era don Martín de Bazán, tomó tan a pecho la reforma de su iglesia, que en pocos años logró que los canónigos viviesen en comunidad, observando la regla de San Agustín. Con mucha diligencia y cuidado buscaba hombres de grande espíritu y letras, que llevasen adelante la reforma. El año de 1194 trabajó con todas sus fuerzas para sacar a Domingo de Palencia y llevarle a Osma, y al fin salió con su intento. El santo mozo era ya sin duda sacerdote cuando esto ocurría. Obedeció, pues, el mandato del prelado, y partió para Osma, donde tomó el hábito de canónigo regular.

A poco de llegar fue nombrado por el Obispo superior de aquella iglesia. Domingo aceptó el cargo por obediencia, y en él se señaló sobremedida en toda virtud.

* * *

En los comienzos del siglo XIII, la herejía neomaniquea o cátara se hallaba extendida por toda la Francia meridional, desde Marsella a los Piri-

neos. Los principales focos que se señalaban eran los de Aviñón, Marsella, Montpellier, Beziers, Albi y Carcasona. Como sus adeptos eran numerosos de una manera particular en Albi, donde estaban protegidos abiertamente por Roger II Trencavel, vizconde de Beziers, recibieron el nombre de albigenses.

Para conjurar aquel peligro, el Papa Inocencio III ordenó un plan de conquista que no pudo llevar a efecto como hubiera deseado. El intento del Pontífice era reducir a los herejes con el arma de la persuasión, manejada por varones de probada virtud. En esta guerra espiritual lucharon Diego de Acevedo y sobre todo el insigne santo Domingo.

Al mismo tiempo que en la redacción de las Constituciones de la futura Orden, trabajaba Domingo con grandísimo fruto en la propagación de la devoción del santo Rosario que le inspiró la misma Virgen María.

Frente a la herejía albigense que amenazaba a la Iglesia, la nueva devoción propagada por el Santo, con la meditación de los misterios del amor de Dios a los hombres, era medio facilísimo y muy popular para enseñar a los fieles y alumbrar a los herejes.

Cuarenta y cinco años tenía Santo Domingo cuando, vencida ya la herejía, volvió a Tolosa. Era a la sazón Obispo de aquella ciudad del cisterciense Fulco, el cual deseaba vivamente apaciguar su diócesis, y para lograrlo, alentaba con todas sus fuerzas las empresas de Santo Domingo.

Los primeros compañeros de Domingo fueron cuatro misioneros que con él trabajaban ya, de los cuales uno era el beato Manés, hermano del Santo, y otros dos caballeros principales tolosanos, Tomás y Pedro Seila.

Acercándose el cuarto Concilio de Letrán, Domingo partió para Roma en compañía del prelado Fulco. Ambos juzgaban que la fundación de Pre-

dicadores podía extenderse a toda la Iglesia. Mil doscientos ochenta y cinco prelados se juntaron en Roma. En las cartas convocatorias, Inocencio III proponía como fin del Concilio «la extinción de la herejía y el afianzamiento de la fe». Ese era precisamente el blanco de las actividades de Domingo, hacía once años. Pero aún más explícitamente manifestó el Papa su voluntad.

Por el décimo canon del Concilio, que trataba de la fundación y establecimiento de los Predicadores, mandó a todos los Obispos que tuviesen algunos a su lado, para que les sirviesen de coadjutores en el ministerio de la predicación y en el confesionario. La nueva Orden recibió entonces su nombre oficial que ha guardado hasta nuestros días. Llamóse «Orden de Hermanos Predicadores», nombre que indica cuál es un fin esencial y principal.

Otro consuelo muy singular y maravilloso tuvo Santo Domingo en Roma el mes de septiembre de 1215. Por entonces suscitó el Señor otra familia espiritual, destinada a traer a vida cristiana al mundo, dándole ejemplo de penitencia y de total despego de las riquezas percederas. Poco hacía que San Francisco de Asís había juntado a sus primeros discípulos a la sombra y amparo del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles. El también fue a Roma con intento de hacer aprobar su Orden. Francisco y Domingo no se habían visto jamás, pero por extraña visión se reconocieron al hallarse, y abrazáronse con entrañable afecto, diciendo: «Compañeros somos y criados de un mismo Señor». De allí adelante los dos Santos se concertaron en perpetua y santísima amistad. Este cariñoso y fraternal encuentro movió la fantasía de muchos pintores y artistas cristianos.

Cinco años le quedaban de vida al fundador. Aún era joven, pero presentía que iba a morir pronto, y se multiplicaba en una actividad prodigiosa. Abandonó finalmente el campo de su apostolado, porque ahora se debía a toda la cristiandad. La túnica blanca y el manto negro dominica-

nos surgen de improviso en todos los caminos de Occidente. Los Hermanos Predicadores se cobijan a la sombra de todas las universidades y construyen en todos los puntos estratégicos, junto a las corrientes de la ciencia y frente a las fortalezas del error. Su jefe camina delante de ellos; comenta en Roma las epístolas de San Pablo, persigue a los cátaros en Lombardía, preside en Bolonia a los cincuenta priores del primer Capítulo general, organiza la fundación de París, atraviesa el Pirineo, funda en Segovia y en Madrid, vualve a ocupar en Osma su silla de canónigo para cantar un Magnificat a la Virgen... En la mayor parte de lugares que visita, deja fundados conventos de su Orden, y en estas apostólicas tareas se ocupa hasta que, terminada la cuaresma del 1219, se despiende nuestro santo de España pasando a París, en cuyo convento de Santiago reside algún tiempo.

* * *

Sólo tenía Santo Domingo cincuenta años y sus fuerzas estaban ya agotadas, y todo él acabado más de lo que sus años pedían. Estando en Venecia cayó en gravísima enfermedad. Volvió a Bolonia, y a pesar de las súplicas de sus hijos, quiso observar fielmente la regla en todos sus puntos. Murió en aquella ciudad el 6 de agosto de 1221.

En los admirables tercetos en que el autor de la «Divina Comedia» resumió la vida de San Francisco de Asís, no separó al fundador de los Frailes menores del de los Frailes predicadores, que son como una estela de luz que deja el recuerdo de su paso por la tierra:

L'un fu tutto serafico in ardore
L'altro per sapienza in terra fue
Di cherubica luce uno splendore (1).

S. P.

(1) Dante, «Paradiso», canto XI ,v. 37-39.

Perfil histórico del Rosario

CRISTIANDAD N.º 158

Sin el menor intento de establecer comparaciones —siempre odiosas y ociosas— nos es grato afirmar que no hallamos en la Iglesia Católica ninguna devoción o práctica piadosa que tan honda y ampliamente haya arraigado en el alma popular, y que tan prodigiosa y eficazmente haya intervenido en la historia del cristianismo como el Santísimo Rosario.

Su origen es dominicano y medieval. Doble verdad que no es fácil rebatir. Lo difícil es probar el tiempo y el modo de su nacimiento y formación como tal. Los nombres de «Corona de la Virgen», «Salterio de María», «Rosal o Rosario», etc., que le fueron dados en tiempos distintos, muestran y demuestran su real evolución.

De los varios libros escritos por Santo Domingo de Guzmán —vistos y leídos por sus contemporáneos— no ha llegado ni un papiro hasta nosotros; ni siquiera una mala transcripción. Se explica que la proverbial incuria de su Orden, que permitió tamaña pérdida —¡la herencia intelectual de su Padre!—, nos haya dejado huérfanos de toda prueba documental que autorice a atribuirle, sin discusión ni réplica, la paternidad del Rosario. Sin duda que aquellos benditos varones de antaño, en la plenitud de su fe noble y sencilla, no sospecharon nunca en las rígidas exigencias de los Didimos lejaos de la crítica moderna, que necesitan ver y tocar para creer y confesar.

Con todo, el hecho de que Santo Domingo de Guzmán no le diera al Rosario la hechura concreta y completa que hoy tiene, no mengua el mérito y la gloria de haber sido su fundador. Una idea genial, una sugerencia luminosa, ¿no tienen, a veces, mucho más valor que sus realizaciones y aplicaciones prácticas? Tampoco el Avemaría, con ser de origen angélico y evangélico, tuvo, hasta el siglo XV, la unidad y perfección con que hoy la rezamos en el mundo entero. San Pío V, el Papa de Lepanto, purificándola de sus variantes arbitrarias, añadiduras y mutilaciones introduci-

das por la piedad antojadiza de algunas diócesis y gentes, la incorporó al rezo oficial del Oficio Canónico tal como la tenemos actualmente. Es natural que el Rosario sufriera también sus evoluciones perfectivas. ¡Es tan humano el prurito de hacer algo que acredite y patentice la iniciativa personal!...

El uso de las cuentas ensartadas en un cordelito o cadenilla para contar el número de oraciones o de actos buenos que se hacían, tal vez no sea de invención cristiana. La sarta colgada al cuello como símbolo de piedad y signo de oración la usaban, al parecer, los sacerdotes egipcios, los morabitos musulmanes, los monjes hindúes del Tibet y otros pueblos orientales. Y no es raro hallarla también entre las tribus africanas, bárbaras y salvajes, como una expresión de culto idolátrico. Los tibetanos la usan todavía, confeccionándola de huesos humanos, preferentemente del cráneo. ¿Dónde tuvo origen? Porque, puede decirse, que es de todo tiempo y lugar.

No es inverosímil que los Cruzados cristianos que fueron a la conquista de Tierra Santa y los cristianos españoles que fueron invadidos por los mahometanos tomaran de ellos —convirtiendo la superstición en devoción— ese objeto tan práctico y tan cómodo de llevar. Los antiguos anacoretas, como se cuenta de Pedro el Ermitaño, recogían y guardaban en su seno tantas piedrecitas como oraciones y plegarias se proponían rezar, y las iban arrojando a medida que las recitaban. Para los apóstoles medievales —que tenían más que hacer y menos tiempo que perder— hubiera sido mucha molestia ese modo rudimentario de contar sus actos de piedad. La sarta les resultaba mucho más práctica y mejor. La vieja iconografía ya nos pinta a San Antonio Abad y a los Santos fundadores de la Orden de Malta con sus tiras de cuentas colgadas a la cintura o pasándolas con los dedos mientras hacían oración. Santo Domingo no tuvo que inventar nada a este propósito,

porque ya estaba en uso en toda la cristiandad.

«El progreso es la tradición en marcha», ha dicho alguien con mucho acierto. Y es raro el invento humano —por bien logrado que sea— aparecido a la luz pública sin dejar nada que desear. Talentos posteriores le dan madurez y perfección integral. Aunque prescindamos de todas las gracias y bellezas —tan poéticas y patéticas— de la tradición piadosa que nos pinta a la Virgen entregando a Santo Domingo el primer Rosario como un signo de triunfo contra la herejía y de salvación universal, no podemos negarle al insigne Patriarca el honor de haber sido el creador de su forma substancial: el rezo numérico de las Avenidas, la meditación conjunta de los principales Misterios de nuestra Redención y las loas finales a María Santísima. En sus labios apostólicos florecía de continuo, como una rosa viva de piedad y celo, aquella deprecación tan suya y original: «Dígnate hacerme digno de alabarte, Virgen Sagrada, y dame poder contra tus enemigos».

Le dolían en el alma los enemigos de María, aquellos albigenses y maniqueos que blasfemaban de la Madre de Dios y desolaban la cristiandad, prefiriendo más negar y oprimir que probar y convencer. Por eso el Rosario apareció como un ama de controversia ejemplar que oponía la alabanza a la blasfemia, la virtud a la impiedad, la razón a la pasión. Lo que fue signo de la Cruz para los ejércitos de Constantino, fue el Rosario para los nuevos apóstoles dominicos. Y brilló sobre las nubes de tempestad, que ensombrecían los horizontes de la Iglesia, como un iris de paz y de ventura. ¡Puente de luz que unió la tierra con el cielo, para que subieran las angustias y plegarias de los fieles y bajarán las gracias y bendiciones de Dios!

La Historia nos demuestra que en las grandes crisis y peligros que han amenazado la fe y la libertad del pueblo cristiano, ha sido el Rosario —desde entonces— una de las armas más eficaces para lograr del cielo el triunfo y la salvación. Por de pronto, la práctica real y verdadera del Rosario —que es penitencia y oración, afán de mejor vida y súplica de la protección divina— comienza por sanear la moral y salud públicas y por obtener la misericordia y el favor de Dios.

San Pío V, llamado con justa razón el Papa del Rosario, lo rezaba cada día y lo recomendaba encarecidamente al pueblo cristiano. Con su rezo fervoroso, hecho en forma de rogativa general, logróse la ayuda milagrosa de lo alto en la gran

batalla de Lepanto. Nuestros soldados iban a la lucha con el Rosario. Y —como decía Clemenceau de Igeneral Foch viéndole asistir a misa cada día: «Eso no le ha ido mal para sus victorias»— con él suplieron la desigualdad de número y la desventaja de la flota. En la tarde del 7 de octubre de 1571 vio el Papa dominico —por un milagro de revelación— el desarrollo de la batalla a mil kilómetros de distancia, mientras se rezaba el Rosario en toda la cristiandad. Los doscientos navíos cristianos derrotaron completamente a los trescientos treinta que componían la imponente flota turca; y Europa se salvó de la terrible amenaza de su invasión y tiranía. La devoción del Rosario quedó consagrada en el amor y estima de los pueblos creyentes como la oración común de más eficacia y poderío sobrenatural. Y todos los grandes Santos la hicieron suya, hallando en su práctica asidua las más altas consolaciones y los medios más fáciles de servir y agrandar a Dios y de atraerse las complacencias de la Virgen Santísima. Ellos son su mayor elogio y exaltación.

Años más tarde, 250.000 turcos, ansiosos de reparar y vengar la gran derrota de Lepanto, ponen cerco a Viena, defendida, a la sazón, por veinticinco mil soldados solamente. El Papa Inocencio XI concede jubileo y preside una solemne procesión de rogativas, llevando él mismo la imagen de la Virgen desde la Minerva a la Iglesia de los austriacos. Se reza el Rosario en todo el Imperio —en templos y calles— con multitudes de niños que piden el auxilio del cielo y la victoria final. Los turcos son alanceados y vencidos, quedando nuevamente libre y salva la cristiandad, y con ella la civilización.

Cuando el ataque a la Rochela, la formidable fortaleza de los calvinistas, el rey Luis XIII y los dominicos de París reparten quince mil Rosarios entre otros tantos soldados. La reina madre, los Obispos, la corte, las Ordenes Religiosas y una ingente multitud de fieles rezan el Rosario en el templo dominicano. Vencido el enemigo, el rey levantó la Iglesia de Ntra. Sra. de las Victorias en honor de la Virgen del Rosario y en acción de gracias por su maternal protección sobre la capital de la nación. Los pueblos de entonces se hacían sensibles, unánimemente, al peligro y al remedio; y por eso conseguían tan señalados triunfos colectivos.

Nuestros Reyes Católicos se mostraron siempre devotísimos del Rosario. No solamente fomentaron su predicación y propagación por todos los

confines de su vasto imperio, sino que ellos mismos hallaban en su meditación y rezo diario los mayores alientos para su fe, su justicia y caridad. Felipe II hacía a su hijo —heredero del trono— esta magnífica recomendación: «Si quieres prosperidad en tus Estados, no dejes nunca la práctica del Rosario». Fiaba más del auxilio divino y de la protección de María que del valor de las finanzas y el poderío de las armas. Cualquier **armada invencible** podía ser disipada por un soplo de viento en medio del mar. En cambio, la devoción del Rosario, hecha apostolado y valentía en los labios y el corazón de nuestros misioneros y conquistadores, había efectuado maravillas en las islas y continentes del Nuevo Mundo. Por eso, sin duda, hay tantas ciudades en toda Hispanoamérica que llevan el precioso y cristiano nombre de **Rosario** desde su fundación. Y aquellos próceres y patriotas de las naciones hechas a imagen y semejanza de España, que más tarde realizaron la gesta heroica de reclamar y conquistarse la patria y la libertad, sabían hincarse de rodillas ante la Virgen para rezarle su Rosario y pedirle su protección maternal.

El Rosario, en la historia de la cristiandad, es una magnífica apoteosis de triunfo y de gloria que no ha logrado ninguna otra devoción popular, porque ninguna ha llegado a arraigar tan hondamente en el alma de los creyentes ni a influir tan de veras —con su eficacia bienhechora— en los destinos y desatinos de la sociedad.

A San Antonio M.^a Claret, gran apóstol y misionero del siglo pasado, le dijo un día la Virgen: «En el Rosario está cifrada la salvación de tu patria... Quiero que seas el Domingo de Guzmán de estos tiempos». Y cuando la Virgen se aparece a sus elegidos en forma más espectacular y llamativa, con sus mensajes de oración y penitencia, llamando a los pueblos a la reflexión y restauración de la vida cristiana, se presenta con el Rosario, recomendando su rezo y sus enseñanzas como remedio de salvación para todos. Lourdes, Pompeya, La Salette, Fátima y otros santuarios de menor atracción y devoción universal son las cátedras desde donde la Virgen Santísima se ha dignado hablarnos en estos últimos tiempos para darnos en el Rosario la gracia y el milagro de la paz y el perdón, de la salud y redención del mundo moderno. Y el gran corazón del Papa Pío XII, haciéndose eco de los anhelos maternos de la Virgen Santísima, nos da por consigna: «La restauración del espíritu cristiano en el mundo por el rezo y práctica del santo Rosario».

El perfil histórico de esa «reina de las devociones marianas», lejos de desdibujarse y palidecer en la piedad de los pueblos, se vigoriza en fervor e intensidad, haciéndose cada día una devoción más necesaria y universal.

Valencia, agosto de 1950.

Antonio Huguet, O. P.

El altar de la Virgen se ilumina,
y ante él de hinojos la devota gente
su plegaria deshoja lentamente
en la inefable calma vespertina.

Rítmica, mansa, la oración camina
con la dulce cadencia persistente
con que deshace el surtidor la fuente,
con que la brisa la hojarasca inclina.

Tú, que esta amable devoción supones
monótona y cansada, y no la rezas
porque siempre repite iguales sonos,

tú no entiendes de amores ni tristezas.
¿Qué pobre se cansó de pedir dones?
¿Qué enamorado de decir ternezas...?

Enrique Menéndez y Pelayo

El Santo Rosario y los Papas

Es una tradición para los Papas de estos últimos tiempos tributar a la Virgen un homenaje siempre renovado y especial mediante la explicación, la apología y la recomendación del Santo Rosario. Más que otros hay que recordar al Papa León XIII, que casi cada año, desde 1883 a 1901, al llegar el día de la fiesta del Rosario publicaba una encíclica sobre esta preciosa devoción. ¡Tenemos casi un rosario de encíclicas marianas! Son fáciles de comprender las razones de tanta devoción pontificia hacia la Virgen: ¡nadie es tan devoto de María Santísima como el Papa! Si no bastaran los impulsos de su piedad personal permanecería siempre viva la necesidad espiritual de su ministerio apostólico, que le obliga a una continua invocación a la Madre de Cristo —a una humilde y ferviente conversación con Ella—, serían las profundas razones teológicas de su oficio pontifical que le reclamarían a este culto especialísimo y a confrontar la relación entre la misión única y suma de María en el plan de nuestra salvación con la función propia del sacerdocio que Cristo ha querido participe de su único Sacerdocio para comunicarlo al mundo. ¿Qué relaciones y qué distinciones existen entre la maternidad de María, hecho universal, y su dignidad, su caridad, su posición asignada por Dios en el plan de la Redención, y el sacerdocio apostólico, constituido por el Señor para ser instrumento de comunicación salvadora entre Dios y los hombres? María da Cristo a la humanidad; y también el sacerdote da Cristo a la humanidad, pero en modo diverso, como es claro; María mediante la Encarnación y la efusión de la gracia de que Dios la ha colmado; el Sacerdocio mediante los poderes de las órdenes sagradas; ministerio que genera a Cristo en la carne el de María y luego lo comunica por la misteriosa vía de la caridad a las almas llamadas a la salvación; ministerio sacramental y exterior el del sacerdote, que dispensa los dones de verdad y de gracia que el Espíritu lleva, y forma el Cristo místico en las almas que aceptan el salvador servicio de la jerarquía sacerdotal (cfr. S.

Th. III, 63, 3; Cat. Conc. Trid. II, 7, 23-24).

Evidentemente, María está después de Cristo y por virtud de Cristo en el vértice de esta economía de salvación; precede y supera al Sacerdocio; Ella está en un plano de excelencia superior y de eficiencia diferente respecto a él; y si el sacerdocio en su grado sumo posee las llaves del reino de los cielos, la Reina del cielo es Ella, la Virgen, que es también, respecto a la jerarquía, la Reina de los Apóstoles. ¡Comprended, por lo tanto, por qué los Papas son tan devotos de María!

Y si hoy recordamos este hecho, lo hacemos para hacer nuestras las exhortaciones que nuestros purísimos y venerados Predecesores han dirigido al pueblo cristiano en honor de María Santísima. Demasiadas cosas podía decirnos; pero solamente os repetiré las palabras que León XIII citaba en su encíclica «*Adiutricem populi*» (1895) tomándolas de labios de San Cirilo de Alejandría, que fue el principal promotor del Concilio de Efezo, en el que María fue reconocida y proclamada Madre de Dios: «Por ti (María) los Apóstoles predicaban a los pueblos la doctrina de salvación; por ti la santa Cruz es adorada y alabada en todo el mundo; por ti los demonios son puestos en fuga, y el hombre es llamado al cielo; por ti toda criatura aprisionada por los errores de la idolatría es conducida al conocimiento de la verdad; por ti los fieles llegan al bautismo y en todas partes se establece la Iglesia» (Homilía contra Nestorium).

Palabras que nos infunden fe en la Virgen Santísima, nos inspiran sentimientos y prácticas de filial piedad, nos muestran la relación del culto mariano con las grandes vicisitudes de la historia y para nosotros, ahora, nos hacen esperar el buen éxito del Concilio y el acercamiento de las almas a Cristo mientras hoy, con el Rosario en la mano, reafirmamos el propósito de empezar de nuevo las rimas deliciosas: ¡Ave María, ave María!

Pablo VI (Audiencia General de 7 de octubre 1964, fiesta del Rosario)

Carta de su Santidad el Papa León XIII

En que resume sus anteriores encíclicas sobre el Santísimo Rosario

A los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y a los demás Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica, sobre el Rosario mariano.

Cuando volvemos nuestros ojos y nuestro espíritu al espacio de un tan duradero tiempo que hemos permanecido, por voluntad de Dios, ocupando el Sumo Pontificado, primeramente damos las más rendidas gracias a Dios, dador de todo bien, cuyos beneficios, de El recibidos, los mantendremos muy presentes en nuestra memoria y en nuestro corazón. Pero en seguida nos viene a la mente el dulce recuerdo del maternal patrocinio de la augusta Reina del cielo, y a la misma queremos, a la vez, tributar el homenaje de nuestra viva gratitud, celebrando sus favores con piadoso reconocimiento y dándole gracias constantemente. Porque de Ella, como de manantial abundante, se deriva la corriente de las gracias celestiales, ya que en sus manos están los tesoros de las misericordias del Señor. Dios ha querido que Ella fuera el principio de todos los bienes. En el amoroso seno de tan tierna Madre, cuyo amor hemos procurado asiduamente fomentar y aumentar de día en día, tenemos la cierta esperanza de exhalar nuestro último suspiro.

Al desear, desde hace ya mucho tiempo, poner la salvación de la sociedad humana al amparo de la devoción de la Virgen, incrementada, sin cesar, como en un alcázar inexpugnable; no cesamos jamás de promover entre los fieles la práctica del Rosario mariano, como bien lo sabéis, mediante las Encíclicas y los Decretos que a este fin hemos venido dando no una sola vez y publicando cartas desde el primero de septiembre del año 1883. Ya,

pues, que por los piadosos designios del Señor, nos sea dado ver acercarse también este año el mes de octubre, que entre otras ocasiones quisimos se dedicase y consagrarse a la celestial Reina del Rosario; no queremos dejar de dirigirnos a vosotros; y, resumiendo brevemente lo que hasta el presente hemos hecho a fin de fomentar semejante práctica de oración, nos proponemos coronar nuestra obra con este último documento, que sea un claro testimonio de nuestro deseo y voluntad respecto del sobredicho modo de culto mariano, y sirva de estímulo a todos los fieles para excitarles a conservar con fervor y piadosa constancia tan santa costumbre.

Llevados, pues, de un perseverante deseo de que fuese bien conocida de los fieles la esencia y la dignidad del Rosario mariano; después de recordar el origen divino, más bien que humano, de sus oraciones, probábamos que esa bellísima guirnalda, tejida de avemarías, con sus padrenuestros intercalados, y unida con la meditación de los misterios, es un modo de orar excelentísimo y de máxima eficacia para obtener la vida eterna; toda vez que, fuera de la misma excelencia de sus oraciones, nos ofrece una idónea defensa de la Fe y una insigne demostración de virtud, gracias a la meditación de los misterios que en él se nos proponen. Es, además, una devoción sumamente fácil y muy acomodada a la índole del pueblo, a quien se le pone delante, al recordarle la imagen de la santa Familia de Nazaret, el ideal más perfecto de la sociedad doméstica en aquella familia cuya protección saludable nunca ha dejado de experimentar el pueblo cristiano.

Al recomendar, con todas estas principales razones y con nuestras repetidas exhortaciones, la práctica del santísimo Rosario, nos hemos aplicado a la tarea de levantar la dignidad de su fiesta, subiendo de grado el rito de su rezo litúrgico. En todo lo cual hemos seguido las huellas de los Sumos Pontífices, nuestros predecesores. Pues, así como Sixto V, de feliz memoria, aprobó la antigua forma de recitar el Rosario, y Gregorio XIII le dedicó un día consagrado a su festividad, fiesta que luego Clemente VIII inscribió en el Martirologio, y Clemente XI mandó la guardara toda la Iglesia, y Benedicto XIII hizo insertar las lecciones históricas en el Breviario Romano: así Nos, en perpetuo testimonio de nuestra afición y amor hacia este ejercicio de piedad, hemos mandado que la dicha solemnidad, juntamente con su Oficio, se celebre en la universal Iglesia con rito doble de segunda clase, y que todo el mes de octubre quede consagrado a esta devoción: y, finalmente, hemos decretado que en las Letanías Lamentanas se añadiese la invocación **Reina del sacratísimo Rosario**, como un augurio de la victoria que se ha de reportar en la presente lucha.

Faltaba solamente que os hiciésemos sabedores de las muy apreciadas y singulares gracias y privilegios que añaden un valor y utilidad extraordinarios al Rosario, y, señaladamente, del tesoro riquísimo de indulgencias de que goza. De cuánta importancia sea para todos los que buscan solícitos su salvación, enriquecerse con tamaños beneficios, se entiende fácilmente. Se trata, en efecto, de obtener la remisión, o total o parcial, de la pena temporal que, aun perdonada la culpa, se ha de satisfacer o en esta vida o en la futura. No es maravilla que sea tan copioso el tesoro reunido con los méritos de Jesucristo, de la Madre de Dios y de los Santos; tesoro al que aplicaba, con razón, nuestro predecesor Clemente VI aquellas palabras de la Sabiduría: **Tesoro sin límite es**

para los hombres: los que de él han participado, se han hecho acreedores a la amistad de Dios. Y, efectivamente, los Romanos Pontífices, usando de la suprema potestad que les compete, a los cofrades marianos del Rosario y a cuantos lo rezan con devoción, les han abierto los manantiales de gracias semejantes, tan preciosas.

Así, pues, Nos, igualmente, pensado que con estas gracias e indulgencias se añade un nuevo y vistoso lustre a la corona del Rosario, adornada así de perlas preciosísimas; hemos madurado ya nuestro plan, por largo tiempo meditado, de publicar una Constitución acerca de los derechos, privilegios e indulgencias de que puedan disfrutar las Cofradías del santísimo Rosario. Sea esta nuestra Constitución un testimonio de nuestro amor a la Madre augustísima de Dios, y una estímulo a todos los fieles, y un galardón de su piedad, para que en el último día de su vida puedan cobrar ánimos con la protección de tan buena Madre, y en su seno suavísimamente descansar.

Mientras se lo pedimos de todo corazón a Dios, nuestro Señor, por intercesión de la Reina del sacratísimo Rosario, en prenda de los celestiales bienes, a vosotros, Venerables Hermanos, a vuestro Clero y a vuestro pueblo, confiado a vuestra solicitud, os damos amantísimamente la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 5 de septiembre de 1898, de nuestro Pontificado, el vigésimo primero.

León, Papa XIII

NOTA. — Con este magnífico documento coronaba el augusto Pontífice León XIII la serie de hermosísimas Encíclicas que había ido publicando sobre el Rosario, con insistencia bien significativa. Las fechas de su publicación fueron éstas: 1.º de septiembre de 1883, 30 de agosto de 1884, 22 de septiembre de 1891, 7 de septiembre de 1892, 2 de septiembre de 1893, 8 de septiembre de 1894, 20 de septiembre de 1896, 12 de septiembre de 1897, 5 de septiembre de 1898.

Carta Encíclica de Su Santidad el Papa Pío XI

Sobre el Santo Rosario de la Bienaventurada Virgen María

Mas de una vez hemos afirmado, y lo repetimos ha poco en la Encíclica **«Divini Redemptoris»**, que los males cada día más graves de nuestro siglo no pueden remediarse sino con el retorno a Cristo y a sus santísimos preceptos. El es, en efecto, el único que tiene palabras de vida eterna. Si se prescinde de su divina Majestad, y se rechazan sus leyes, serán impotentes, así los particulares como los Estados, para edificar nada sólido. Cuanto se edifique caminará, sin sentir, a su ruina con miserable estrago.

Pero, quien recorra con atenta reflexión los anales de la Iglesia Católica, observará en seguida la íntima relación que ha mediado siempre entre los hechos más gloriosos del nombre cristiano y el patrocinio de la Virgen, Madre de Dios. Efectivamente; cuando los errores, difundiendo por doquier, pretendían rasgar la inconsútil túnica de la Iglesia y trastornar todo el mundo católico, nuestros antepasados solían acudir con gran confianza a la protección de aquella Señora que ha destruido ella sola todas las herejías; y, obtenida por su valimiento la victoria, veían brillar otra vez tiempos más bonacibles.

Cuando, más tarde, la impiedad de los turcos, orgullosos con sus formidables escuadras y apoyados por sus poderosísimos ejércitos, amenazó con asolar y esclavizar a las naciones europeas, también entonces se imploró, por indicación del Papa, el auxilio de la Madre celestial con instantes plegarias; y entonces, igualmente, quedaron derrotados los enemigos y hundido el poderío de su flota. No sólo en los peligros públicos, sino también en las necesidades particulares han procurado en todo tiempo los fieles conseguir con

oraciones que María les viniese piadosa a socorrer, y les obtuviese el alivio y remedio en los dolores del cuerpo y en las aflicciones del espíritu. Y nunca, ciertamente, han implorado en vano su efficacísimo auxilio cuantos lo han pedido con oración devota y confiada.

Ahora bien; los peligros que en estos tiempos amenazan a la Iglesia y a la sociedad civil no son menos graves, por cierto. Porque a causa de haber repudiado una gran parte de los hombres la suprema y eterna autoridad de Dios que manda o prohíbe, se ha debilitado por efecto natural la conciencia de los cristianos deberes, ha languidecido o se ha apagado del todo la Fe en los espíritus, y, finalmente, hasta los mismos fundamentos de la sociedad humana se han removido y se están miserablemente arruinando. De ahí se ha seguido, como lo estamos presenciando, ese odio de clases que en algunas partes ha estallado en guerras, entre los que abundan en bienes de fortuna y los que se ven precisados a buscarse con el trabajo cotidiano el sustento de cada día. Y en algunas regiones, como es público, ha llegado el conflicto a tal extremo, que el derecho de propiedad ha quedado abolido y todos los bienes se han colectivizado. Por otra parte, no faltan quienes hacen profesión de venerar con un culto supremo la divinidad del Estado; y, mientras van diciendo que se ha de robustecer por todos los medios posibles el orden público y la autoridad civil, y, en consecuencia, se interesan en que se impugnen las nefandas doctrinas del Comunismo; eso no obstante, despreciada la luz de la sabiduría evangélica, ponen todo su conato en renovar los errores y el modo de vivir de los paga-

nos. Allégase a eso la astuta y funestísima secta de aquellos que, negando a Dios y odiando a su divina Majestad, se jactan de ser enemigos del Eterno; se insinúan por doquier; se niegan a recibir creencia alguna religiosa y aun tratan de arrancarla de los demás; conculcan, en fin, todo derecho humano y divino; y, burlándose de la esperanza en los bienes celestiales, e invitando a los hombres a conseguir, aun a costa de las más enormes injusticias, el goce de la mentida felicidad de esta presente vida, los arrastran con temeraria audacia por entre desórdenes, sangrientas evoluciones y devastadas guerras civiles, al caos más anárquico.

Sin embargo de todo eso, Venerables Hermanos, aunque se nos echen encima tantos y tan atroces males, y aun los temamos mayores para el tiempo por venir, no hay que caer de ánimo ni disminuir aquella confianza que en solo Dios se funda. Pues Aquel que ha hecho a las naciones capaces de curación, no faltará sin duda a los redimidos con su sangre preciosa: no fatlará a su Iglesia. Mas, de nuestra parte, según insinuamos al principio, no dejemos de invocar como abogada suplicante para con el Señor a la bienaventurada Virgen María; ya que, para usar las palabras de San Bernardo, «esa es la voluntad de Dios, a quien plugo que todos los bienes nos viniesen por María».

Entre las varias oraciones que provechosamente dirigimos a la Virgen, Madre de Dios, ningún cristiano ignora que ocupa un puesto preeminente el Rosario mariano. Oíd con qué expresivas palabras describe y recomienda León XIII, nuestro Predecesor de feliz memoria, esta fórmula de oración que alguien ha llamado «Salterio de la Virgen» o «Breviario del Evangelio y de la vida cristiana»: «Es el Rosario una hermosísima guirnalda, que está entretejida de saluciones angélicas, entre cuyas series se interpone la oración dominical; y va unida a la meditación que debe acompañarla. Género excelentísimo de oración, y sobre manera conducente para lograr, más que nada, la salvación eterna. Lo cual se infiere claramente de la misma índole de esas místicas flores que forman tan preciosa corona. Porque no se podían haber hallado oraciones más a propósito y más divinas. De ellas la primera es aquella oración que pronunció con sus divinos labios el mismo Redentor nuestro, cuando sus discípulos le rogaron les enseñase a orar. Súplica santísima, que, así como procura por los intereses de la gloria de

Dios, en cuanto dependen de nosotros, así atiende a las necesidades, tanto del cuerpo como del alma. ¿Cómo podrá el Padre eterno dejar de socorrernos, si le rogamus con las mismas palabras de su divino Hijo?».

La otra oración es la salutación angélica, que empieza con las alabanzas dirigidas a la Virgen por el Arcángel San Gabriel y por Santa Isabel, y termina con aquella devotísima deprecación en que pedimos a la Virgen que nos socorra ahora y en la hora de nuestra muerte. Con estas oraciones vocales se junta la contemplación de los sagrados misterios; por medio de la cual van pasando casi por delante de nuestros ojos con tan ordenado plan los gozos, dolores y triunfos de Cristo y de su Madre, que podemos sacar de ellos consuelo y alivio para nuestras penas, y juntamente animarnos a ir subiendo cada vez más arriba de virtud en virtud a la patria sempiterna, siguiendo las huellas de esos ejemplos de tan sublime santidad.

Esta práctica de piedad, difundida prodigiosamente por Santo Domingo, no sin inspiración y aviso de la Virgen, Madre de Dios, es seguramente bien fácil y bien acomodada a todos, hasta a los rudos e indoctos; pero, ¡cuánto se engañan los que la miran como una fastidiosa cantilena de enojosas repeticiones, buena, cuando más, para dejársela a los niños y a las mujeres! Es de advertir a este propósito que la piedad, lo mismo que el amor, aunque repita mil veces las mismas palabras, no las repite con el mismo sentido, sino que las dice con novedad perpetua, nacida de los sentimientos siempre nuevos de la caridad. Mas, fuera de eso, este género de oración exhala un cierto olor de sencillez evangélica y la exige en las personas que lo rezan, junto con una profunda humildad de espíritu; y ya nos dejó advertido nuestro divino Redentor que, si nos faltan esas virtudes, no podremos entrar en posesión de la gloria. «En verdad os digo que, si no os convirtiereis en niños y os hicieris a su condición, no estraréis en el reino de los cielos». Pero, si el mundo, engreído con su soberbia, se burla del Rosario y lo desprecia, innumerables personas de eximia virtud, de toda edad y condición, no sólo lo amaron con cariño y lo recitaron con íntima piedad, sino lo emplearon siempre como arma poderosísima para ahuyentar al enemigo maligno, para conservar la inocencia de vida y adelantar con fervor en la virtud, y aun para merecer al mundo los beneficios de la paz.

Ni han escaseado varones, insignes en doctrina y sabiduría, quienes, por más abstraídos que viviesen en sus estudios y en sus investigaciones científica, no consentían se les pasase un solo día si ofrecer a la Virgen, puestos de rodillas delante de una imagen suya, este tributo de su piedad. Y aun los mismos reyes y príncipes, entre el apremio de los más urgentes asuntos y ocupaciones, reputaron por un sagrado deber el pagar la sobredicha deuda de amor a nuestra Señora. Así que esta mística corona, no anda solamente en manos de gente pobre y ruda: se honran también con ella personas pertenecientes a todas las clases sociales.

Y no queremos pasar en silencio que la propia Santísima Virgen, en nuestros mismos tiempos, ha recomendado encarecidamente el rezo del Rosario. Ella, al aparecerse en la gruta de Lourdes a una inocente niña, se puso a enseñarle por sí misma el modo de rezarlo. ¿No son, pues, de esperar todo linaje de bienes, si suplicamos a nuestra Madre del cielo con este su Rosario, rezado, como debe rezarse, santa y devotamente?

Es, por tanto nuestro deseo que durante el próximo mes de octubre practiquen todos los fieles con más intensa piedad esta devoción, así en los templos como en los domicilios privados. Lo cual deseamos se haga este año con la expresa intención de que, gracias a la mediación suplicante de la Virgen, Madre de Dios, sean definitivamente vencidos, y se decidan, arrepentidos de sus errores, a acogerse a penitencia y a la generosa tutela de María, los enemigos del nombre de Dios; cuantos rechazan y desprecian protervamente al Eterno, y todos los que urden asechanzas a la Fe católica y maquinan contra la libertad debida a la Iglesia; todos, en una palabra, cuantos, rebelándose con empeño insensato contra todos los derechos divinos y humanos, pugnan por arrastrar a la sociedad entera a la ruina. María, que un tiempo repelió victoriosa de los confines del pueblo cristiano la infame herejía de los albigenses, quiera ahora, implorada por nuestras humildes oraciones, fugar estos nuevos errores, máxime los del Comunismo, que en más de un aspecto y por sus enormes crímenes trae a la memoria aquellos errores de siglos pasados. Y, así como en tiempo de las Cruzadas resonó en todos los pueblos un clamor unánime y una misma oración; así ahora, en todo el mundo, en las ciudades y en los pueblos, en las aldeas y lugares más escondidos aunemos todos nuestras fuerzas y nues-

tros corazones para suplicar con ahínco a la excelsa Madre de Dios que tan funestos enemigos de la civilización cristiana y aun humana queden del todo destruidos; y así vean lucir los pueblos, ahora tan cansados y tan inquietos, el amanecer de una paz verdadera. Aplíquense todos a cumplir este Nuestro deseo con la mayor solicitud, confianza y fervorosa piedad; y tendremos derecho a esperar que ahora, como en otros tiempos, la bienaventurada Virgen recabe de su divino Hijo el favor de que la furia de la tempestad mengüe y se calme, y el mar alborotado se sosiegue, y, tras este nuestro esfuerzo tan laudable de común oración, se siga una gloriosísima victoria.

El Rosario mariano no sirve únicamente como de arma eficaz para vencer a los públicos adversarios de Dios y de la Iglesia; ayuda, fuera de eso, a suscitar, fomentar y hacer atractivas las virtudes evangélicas. Y, ante todo, alimenta la Fe, la cual reflorece con la oportuna meditación de los sagrados misterios, y levanta los espíritus al mundo de las verdades reveladas; cosas todas bien aludables, por cierto, como a todos es obvio, precisamente por haberse ido apoderando de muchos en nuestro siglo, aun de los que se dicen cristianos, uno como tedio y fastidio de las cosas espirituales y de la doctrina cristiana.

No menos aviva el Rosario la esperanza de los bienes inmortales, al abrimos de par en par el cielo, cuando al meditar los triunfos de Cristo, que en la última parte de los misterios se conmemoran, nos invita a la posesión de la patria imperecedera. Por este medio, aunque respiremos por doquier esa ansia de bienes terrenos que ha invadido los corazones de los mortales, y tienda a contagiarnos esa fiebre de riqueza caducas y vanísimos deleites que a tantos aqueja; nos sentiremos de nuevo impulsados con provechoso llamamiento a ir en pos de ese tesoro de los bienes celestiales y eternos que ni los ladrones pueden robar ni la polilla corromper.

¿Pues qué diré de la caridad? Ahora, cuando tanto ha languidecido y tanto se ha enfriado en los corazones de muchos, ¿cómo no nos inflamaremos todos en anhelos de corresponder al amor de Cristo y de su Madre, si nos ponemos a considerar con ánimo compasivo, siguiendo el orden del Rosario, los tormentos y la muerte de nuestro Redentor y las penas de su Madre dolorosa? Y, una vez encendida esa divina caridad, no podrá menos de prender en nosotros la llama del amor a los prójimos, al reflexionar que Cristo

quiso padecer tantos trabajos y dolores para que todos recuperásemos la herencia perdida de los hijos de Dios.

Tomad, pues, con interés, Venerables Hermanos, el propagar tan provechosa práctica de oración más y más, de suerte que se la estime en todo lo que vale, y así contribuya al incremento de la piedad. Procurad vosotros y cuantos os ayudan en el oficio de apacentar el rebaño de Cristo, que los fieles de todas clases vean con entera claridad las excelencias y utilidades del Rosario. De él saque fuerzas la juventud para reprimir las malas pasiones que en aquella edad se levantan, y conservar segura e intacta la inocencia. En el mismo Rosario vayan a buscar los ancianos el descanso, el consuelo y y la tranquilidad en esos sus últimos años, tan llenos de ansiedades. A los que se dedican a la Acción Católica añada el Rosario nuevos estímulos para urgir esa su obra de Apostolado con creciente entusiasmo y diligencia. Y a los atribulados con cualquier género de aflicciones —y especialmente a los moribundos— les preste el Rosario aliento y les avive la esperanza de la dicha sin fin.

De un modo peculiar, deseamos que los padres y madres de familia den en esto buen ejemplo a sus hijos; y, sobre todo, en esa hora del anochecer, cuando se reúne toda la familia dentro de las paredes domésticas, después de los negocios y ocupaciones del día, presidida por los padres la corona de los hijos, y congregados todos delante de alguna imagen de la Santísima Virgen, recen a coro el Rosario en santa fusión de afectos y corazones. ¡Hermosísima y laudable costumbre, de la que ha de dimanar forzosamente para toda la vida familiar una serena tranquilidad y han de fluir para todos las bendiciones del cielo. Esa es la razón que nos mueve, cuantas veces recibimos en audiencia a los recién casados, apenas les hemos dirigido nuestra palabra paternal, a repararles rosarios y a recomendarles que lo recen, y aconsejarles, hasta alegando nuestro propio ejem-

plo, que ni un solo día omitan esta costumbre, por más agobiados que estén de ocupaciones.

Por todos estos motivos hemos creído oportuno, Venerables Hermanos, exhortaros con encarecimiento a vosotros, y por vuestro medio a todos vuestros fieles, a la práctica de esta devoción; seguros de que, respondiendo, como soléis, a nuestros deseos, habréis de reportar frutos abundantísimos. Hemos tenido, además, otra intención al escribir esta Encíclica; y ha sido el deseo de que todos nuestros hijos en Cristo den, juntamente con Nos, las más rendidas gracias a la excelsa Madre de Dios por la merced de habernos devuelto la salud y una salud más firme que antes. Esta merced, como oportunamente lo escribimos, la atribuimos a la intercesión de la virgen de Lisieux, Santa Teresa del Niño Jesús; pero bien sabemos que todos los beneficios nos los otorga el Señor por la mediación de su Madre.

Otra postrera intención nuestra se relaciona con el recuerdo de una injuria recientemente inferida por escrito a la Santísima Virgen; audacia temeraria que nos obliga a aprovechar esta ocasión para dar, según nos lo pide nuestra piedad, la debida reparación, juntamente con el Episcopado y el pueblo de aquella nación que venera a María como «Reina del reino de Polonia»; y para denunciar a todo el mundo católico con indignada queja un hecho de esa naturaleza, que ha podido perpetrarse impunemente en un país civilizado.

Entre tanto, como prenda de las divinas gracias y de Nuestra Paternal benevolencia, os damos con el mayor afecto a Vosotros, Venerables Hermanos, y a toda la grey a vosotros encomendada, la Apostólica Bendición.

Dado en Castel-Gandolfo, cerca de Roma, a 29 de septiembre, fiesta de San Miguel Arcángel, año de 1937, décimo sexto de nuestro Pontificado.

Papa Pío XI

Carta Encíclica de Su Santidad el Papa Pío XII

Sobre rezo del Rosario Mariano, máxime en el mes de octubre

Venerables Hermanos, salud y Bendición Apostólica.

A vista del espectáculo de tantos males como nos asaltan, nunca hemos cesado, desde que por designio de la divina Providencia fuimos elevados a la suprema cátedra de Pedro, de confiar la suerte de la familia humana al segurísimo patrocinio de la Madre de Dios, escribiendo a este fin, más de una vez, como sabéis, cartas exhortativas. Con cuánto celo y con cuánta prontitud de ánimo y concordia ha respondido el pueblo cristiano a estas exhortaciones en todas partes, os es muy notorio. Bien lo han atestiguado repetidas veces y muy hermosamente los preclaros espectáculos de pública piedad para con la augusta Reina de los cielos, y señaladamente aquella universal manifestación de alegría que nos fue dado contemplar en cierto modo con nuestros propios ojos, cuando el año pasado, rodeados por la concurrencia de una multitud incontable, definimos solemnemente en la plaza de San Pedro que la Virgen María fue asunta en cuerpo y alma al cielo.

Con todo, si bien todo esto nos da materia de gratísimas reflexiones, y nos consuela con una firme esperanza en la divina misericordia; no faltan al presente, por cierto, causas de profunda tristeza que preocupan y angustian nuestro paternal corazón.

Triste condición de los tiempos presentes

Conocéis, en efecto, Venerables Hermanos, la condición de nuestros tiempos, que es, a no dudarlo, bien calamitosa. La unión fraternal de las naciones, rota desde hace tiempo, no la vemos aún restablecida en todas partes, sino que se nos presentan perturbados los ánimos por doquiera con odios y rivalidades, y aun se ciernen sobre los pueblos las amenazas de cruentos conflictos. A esto se allega esa tan atroz tempestad de persecuciones que hace años tortura cruelmente a la Iglesia, privada de su libertad, con calumnias y angustias de toda clase, y hasta a veces con san-

grientos martirios. ¡A cuántas y cuán pérfidas insidias vemos expuestos en esas regiones las almas de muchos hijos nuestros, para arrancarles la abjuración de la Fe de sus padres y separarlos miserablemente de la unidad de esta Sede Apostólica! Ni, finalmente, podemos en modo alguno silenciar la perpetración de un nuevo crimen, acerca del cual deseamos vivamente reclamar, no sólo vuestra atención, sino también la de todo el Clero, la de cada uno de los padres de familia y la de la misma autoridad pública. Nos referimos a los malvados empeños de la impiedad para pervertir la cándida inocencia de los niños. Ni siquiera a la niñez inocente se ha perdonado, mas se hallan quienes osan locamente —¡qué pena!— desflorar los mismos capullos que en el místico jardín de la Iglesia brotan como esperanza la más hermosa de la Religión y de la Patria. A quien esto medita no le causará gran extrañeza el que los pueblos giman por todos sitios, afligidos por el peso de los divinos castigos, y aun vivan sobrecogidos por el temor de más terribles calamidades.

Alzad los corazones a la Madre de Dios

Eso no obstante, aun abarcando con la mente la gravedad de tantos peligros, no os dejéis abatir, Venerables Hermanos; sino, acordándoos del dicho divino, «Pedid y se os dará» (1), acudid presurosos, reaccionando con una confianza más firme, a la Virgen Madre de Dios, a cuya protección siempre el pueblo cristiano, en las horas cruciales, ha solido acogerse como al más eficaz seguro; que no en vano «ha sido Ella constituida causa de salvación para todo el género humano» (2).

Así que, no sin alegre expectación y reanimada esperanza, vemos retornar el mes de octubre, en que los fieles suelen acudir con mayor frecuencia a los templos para implorar la ayuda de Ma-

(1) Lc., XI, 9.

(2) S. Iren., *Adv. haer.*, III, 22; MG, VII, 959.

ría con las preces del santísimo Rosario: preces que en el presente año deseamos se hagan con mayor intensidad, cual lo exigen las necesidades de día en día crecientes. Es que Nos es bien manifiesta la eficacia y el poder de tal plegaria para impetrar el auxilio maternal de la Virgen: el cual, si bien podemos merecerlo con varios métodos de oración, estimamos que con ningún otro se logra mejor y más copiosamente que con el del Rosario mariano, como lo persuade convincentemente su origen mismo, divino más que humano, y su misma estructura.

¿Qué plegaria, en efecto, más idónea y más bella que la oración dominical y la salutación angélica, que forman como las flores de que está entretejida esta mística corona? Asociándose, además, a la repetición de las oraciones vocales la meditación de los sagrados misterios, se sigue la saludable ventaja de que esté al alcance de todos, sin excluir a la gente indocta y ruda, un medio tan fácil y expedito de fomentar y conservar la Fe. Y en verdad que con la consideración frecuente de los dichos misterios y el espíritu insensiblemente va extrayendo y asimilándose la virtud que en ellos se encierra, se inflama maravillosamente con la esperanza de los bienes inmortales, y se siente atraído fuerte y suavemente a seguir las huellas de Cristo y de su Madre. En fin, la misma repetición de idénticas preces tan continuada, lejos de hacer la oración estéril y molesta, ¡qué admirable eficacia posee, como lo enseña la experiencia, para infundir en los que oran la confianza en el logro de sus deseos, y la seguridad de hacer una como suave violencia al materno corazón de María!

Eficacia del santo Rosario, sobre todo en familia

Procurad, pues, con redoblada solicitud, que los fieles, aprovechando la oportunidad del próximo mes de octubre, rindan tan fructuoso homenaje de oración con la mayor diligencia, y que crezca entre ellos y se incremente su uso y su estimación. Vosotros habéis de ser, Venerables Hermanos, quienes deis a conocer perfectamente al pueblo cristiano su dignidad, su eficacia y su excelencia.

Pero de un modo muy especial deseamos que sea en el seno de las familias donde el uso del Rosario reflorézca en todas partes, se guarde con religioso esmero y se desarrolle con nuevos incrementos. Poque inútiles resultarían nuestros es-

fuerzos por remediar la ruinosa condición de la sociedad civil, si la sociedad doméstica, origen y sostén de toda la convivencia humana, no se modela según las normas del Evangelio con todo cuidado. Para lograr tan arduo cometido Nos afirmamos que es de lo más conducente la costumbre del Rosario rezado en familia. ¡Qué cuadro tan plácido y tan del divino agrado el que ofrece un hogar cristiano, cuando, al anochecer, resuena con los loores reiterados de la Reina del cielo! Entonces es cuando el rezo en común del Rosario congrega a padres e hijos, de vuelta ya de sus diarios trajines, ante la imagen de la Virgen con admirable unión de corazones. Entonces se establece esa piadosa unión de los presentes con sus familiares ausentes y con sus difuntos; y la común plegaria estrecha los vínculos de suavísimo amor para con la Bienaventurada Virgen María; la cual, como madre, ceñida de sus hijos, asiste allí presente, repartiendo con profusión los dones de la unión y de la paz doméstica.

Entonces la casa de una familia cristiana, formada a semejanza de la ejemplar Familia de Nazaret, se convierte en una mansión terrestre de santidad y en uno como templo sagrado, en donde el Rosario mariano no se reduce a una fórmula peculiar de oración, que diariamente sube al cielo en olor de suavidad, sino que resulta también una efficacísima escuela de cristianas enseñanzas y de cristiana virtud. Efectivamente, los admirables misterios de nuestra Redención que en el Rosario se proponen a la contemplación del que lo reza, inducirán a las personas mayores a que, poniéndose a la vista los insignes ejemplos de Jesús y María, se acostumbren a traducirlos diariamente a la práctica en la vida, saquen de ellos su consuelo en los trances difíciles y apurados, y, conmovidos ante tales ejemplos, se vuelvan provechosamente a buscar aquellos tesoros de celestiales bienes «que los ladrones no roban ni la polilla gasta» (1). En las mentes de los niños se irán sembrando, con el mismo medio, de tal modo los principales artículos de la cristiana Fe, que en sus inocentes almas florecerá, por espontánea manera, el amor a su benignísimo Redentor; mientras ellos, a la luz del ejemplo de sus padres, a quienes ven reverenciando de rodillas la majestad de Dios, irán aprendiendo desde sus tiernos años de cuánto valor sean las oraciones dirigidas al trono de Dios en rezo común.

(1) Lc., XII, 33.

Sólo con la oración se afrontarán los peligros

No dudamos, pues, de nuevo y solemnemente aseverar que Nos colocamos una gran esperanza en el Rosario mariano para sanar los males de nuestra edad; pues la Iglesia, sociedad que no se apoya en fuerzas humanas, ni se defiende con armas ni con humanos recursos, sino con el auxilio del cielo, impetrado con semejantes preces, provista como está de una honda de David, tiene el privilegio de poder acometer impávida al enemigo infernal, al que lanza el desafío del joven pastorcito: «Tú vienes a mí con espada y con lanza y con escudo; pero yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos. Sepa toda esa multitud congregada que no es con espada y lanza como salva el Señor» (1).

Por cuya razón, Venerables Hermanos, deseamos vivamente que los fieles todos, siguiendo vuestro ejemplo y exhortación, respondan, con religioso fervor, con unanimidad de corazones y de voces, y con el mismo ardor de caridad, a esta nuestra paternal indicación. ¿Aumentan los males y los conatos de la maldad? Pues aumente igualmente y sobre vigor cada día la piedad de los buenos todos; y éstos se esfuercen en conseguir a porfía de nuestra Madre amantísima, máxime por medio de este peculiar rezo, a Ella seguramente muy grato, que luzcan cuanto antes para la Iglesia y la sociedad tiempos mejores. Consíganos Ella, y así se lo pidamos, de su Unigénito Hijo, como Madre suya que es poderosísima, movida por los suspiros de tantos hijos suyos, que cuantos se hayan desviado de la verdad y de la virtud tan miserablemente, vuelvan a ellas con renovación de su espíritu; que los odios y rivalidades, fuente de discordias y de calamidades de todo género, se aplaquen felizmente; que una paz verdadera, equitativa y sincera, brille para los individuos, las familias, los pueblos y las gentes con felices auspicios; que, finalmente, asegurados, como es justo, los derechos de la Iglesia, aquel benéfico influjo que de ella se deriva, penetrando sin obstáculos en el corazón de los hombres, en las clases sociales, y en las entrañas mismas de la vida pública, aúne a la familia de los pueblos con fraternal alianza, y la conduzca a una prosperidad de tal índole que rijan, defiendan y coordine los deberes y derechos de todos, sin perjuicar a

nadie, y se incremente cada día con mutuas entrañables relaciones y con la recíproca colaboración y armonía.

Pensad en los desgraciados

Ni estén lejos de vuestros pensamientos, Venerables Hermanos, y amados hijos, mientras entretejéis nuevas flores con vuestra recitación del Rosario mariano, todos aquellos que languidecen desgraciados en la cautividad, en las cárceles, en los campos de concentración. Hay entre ellos, no lo ignoráis, Obispos, a quienes precisamente se les ha arrojado de sus sedes por haber defendido valientemente los derechos sacrosantos de Dios y de la Iglesia: hay hijos y padres y madres de familia, arrancados de sus hogares domésticos, que allá lejos por tierras desconocidas y bajo ignotos cielos arrastran una vida desventurada. Así como Nos abrazamos con peculiar afecto de caridad a todos estos desgraciados, así vosotros, movidos de aquel amor fraterno que la Religión cristiana nutre y fomenta, a una con Nos, al congregaros cabe el altar de la Virgen Madre de Dios, encomendados suplicantes a su maternal corazón. No dudemos que Ella mitigará con suavísimo lenitivo tantos dolores con la esperanza del galardón eterno, y aun, como firmemente lo esperamos, acelerará muy pronto el fin de tantas miserias.

Con la seguridad de que vosotros, Venerables Hermanos, con la activa diligencia que soléis, comunicaréis con vuestro Clero y pueblo, de la manera que juzgareis más oportuna, estas nuestras paternas exhortaciones; y con idéntica certidumbre de que cuantos hijos tenemos en todas partes responderán con espontáneo gusto a esta nuestra invitación; a vosotros todos y a cada uno, a vuestra grey confiada a cada cual de vosotros, y a todos, nominalmente, cuantos, en el mes de Octubre sobre todo, rezaren a esta nuestra intención piadosamente el Rosario, de todo corazón les damos, como testimonio de nuestro agradecimiento y auspicio de las gracias celestiales, nuestra Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 15 de septiembre, en la fiesta de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen María, del año 1951, de nuestro Pontificado el décimo tercio.

(1) Reg., XVII, 44, 47.

De la Exhortación Apostólica «Marialis Cultus» de su Santidad el Papa Pablo VI

EL ROSARIO

Deseamos ahora, queridos Hermanos, detenernos un poco sobre la renovación del piadoso ejercicio que ha sido llamado «compendio de todo el Evangelio»: el Rosario. A él han dedicado nuestros Predecesores vigilante atención y premurosa solicitud: han recomendado muchas veces su rezo frecuente, favorecido su difusión, ilustrado su naturaleza, reconocido la aptitud para desarrollar una oración contemplativa, de alabanza y de súplica al mismo tiempo, recordando su connatural eficacia para promover la vida cristiana y el empeño apostólico. También Nos, desde la primera Audiencia general de nuestro Pontificado, el día 13 de julio de 1963, hemos manifestado nuestro interés por la piadosa práctica del Rosario y posteriormente hemos subrayado su valor en múltiples circunstancias, ordinarias unas, graves otras, como cuando en un momento de angustia y de inseguridad publicamos la Carta Encíclica «Christi Matri» (15 septiembre 1966) para que se elevasen oraciones a la bienaventurada Virgen del Rosario para implorar de Dios el bien sumo de la paz, llamada que hemos renovado en nuestra Exhortación Apostólica «Recurrens mensis October» (7 octubre 1969), en la cual conmemorábamos además el cuarto centenario de la Carta Apostólica «Consueverunt Romani Pontifices», de Nuestro Predecesor San Pío V, que ilustró en ella y en cierto modo definió la forma tradicional del Rosario.

Nuestro asiduo interés por el Rosario nos ha movido a seguir con atención los numerosos convenios dedicados en estos últimos años a la pastoral del Rosario en el mundo contemporáneo: Convenios promovidos por Asociaciones y por hombres que sienten entrañablemente tal devoción y en los que han tomado parte Obispos, presbíteros, religiosos y seglares de probada experiencia y de acreditado sentido eclesial. Entre ellos es justo recordar a los Hijos de Santo Domingo, por tradición custodios y propagadores de tan

saludable devoción. A los trabajos de los Convenios se han unido las investigaciones de los historiadores, llevadas a cabo no para definir con intenciones casi arqueológicas la forma primitiva del Rosario, sino para captar su intuición original, su energía primera, su estructura esencial. De tales convenios e investigaciones han aparecido más nítidamente las características primarias del Rosario, sus elementos esenciales y su mutua relación.

Así, por ejemplo, se ha puesto en más clara luz la índole evangélica del Rosario, en cuanto saca del Evangelio el enunciado de los misterios y las fórmulas principales; se inspira en el Evangelio para sugerir, partiendo del gozoso saludo del Ángel y del religioso consentimiento de la Virgen, la actitud con que debe recitarlo el fiel; y continúa proponiendo, en la sucesión armoniosa de las Avemarías, un misterio fundamental del Evangelio —la Encarnación del Verbo— en el momento decisivo de la Anunciación hecha a María. Oración evangélica, por tanto, el Rosario, como hoy en día, quizá más que en el pasado, gustan definirlo los pastores y los estudiosos.

Se han percibido también más fácilmente cómo el ordenado y gradual desarrollo del Rosario refleja el modo mismo en que el Verbo de Dios, insiriéndose con determinación misericordiosa en las vicisitudes humanas, ha realizado la Redención: de ella, en efecto, el Rosario considera en armónica sucesión los principales acontecimientos salvíficos que se han cumplido en Cristo: desde la concepción virginal y los misterios de la infancia hasta los momentos culminantes de la Pascua —la Pasión y la gloriosa Resurrección— y a los efectos de ella sobre la Iglesia naciente en el día de Pentecostés y sobre la Virgen en el día en que, terminado el exilio terreno, fue Asunta en cuerpo y alma a la patria celestial. Y se ha observado también cómo la triple división de los misterios del Rosario no sólo se adapta es-

trictamente al orden cronológico de los hechos, sino que sobre todo refleja el esquema del primitivo anuncio de la fe y propone nuevamente el misterio de Cristo de la misma manera que fue visto por San Pablo en el celeste «himno» de la Carta a los Filipenses: humillación, muerte, exaltación (2, 6-11).

Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico —la repetición litánica del «Dios te salve, María»— se convierte también en albanza constante a Cristo, término último de la anunciación del Angel y del saludo de la Madre del Bautista: «Bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1, 42). Diremos más: la repetición del Avemaría constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda Avemaría recuerda, es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen, nacido en una gruta de Belén; presentado por la Madre en el Templo; joven lleno de celo por las cosas de su Padre; Redentor agonizante en el huerto; flagelado y coronado de espinas; cargado con la cruz y agonizante en el Calvario; resucitado de la muerte y ascendido a la gloria del Padre para derramar el don del Espíritu Santo. Es sabido que, precisamente para favorecer la contemplación y «que la mente corresponda a la voz», se solía en otros tiempos —y la costumbre se ha conservado en varias regiones— añadir al nombre de Jesús, en cada Avemaría, una cláusula que recordase el misterio anunciado.

Se ha sentido también con mayor urgencia la necesidad de recalcar, al mismo tiempo que el valor del elemento laudatorio y deprecatorio, la importancia de otro elemento esencial al Rosario: la contemplación. Sin ésta el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: «cuando oréis no seáis charlatanes como los paganos que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad» (Mt 6, 7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorezcan en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza.

De la contemporánea reflexión han sido entendidas en fin con mayor precisión las relaciones

existentes entre la Liturgia y el Rosario. Por una parte, se ha subrayado cómo el Rosario sea casi un vástago germinado sobre el tronco secular de la Liturgia cristiana, «El salterio de la Virgen», mediante el cual los humildes quedan asociados al «cántico de alabanza» y a la intercesión universal de la Iglesia; por otra parte, se ha observado que esto ha acaecido en una época —al declinar de la Edad Media— en que el espíritu litúrgico está en decadencia y se realiza un cierto distanciamiento de los fieles de la liturgia, en favor de una devoción sensible a la Humanidad de Cristo y a la bienaventurada Virgen María. Si en tiempos no lejanos pudo surgir en el ánimo de algunos el deseo de ver incluido el Rosario entre las expresiones litúrgicas, y en otros, debido a la preocupación de evitar errores pastorales del pasado, una injustificada desatención hacia el mismo, hoy día el problema tiene fácil solución a la luz de los principios de la Constitución **Sacrosanctum Concilium**: celebraciones litúrgicas y piadoso ejercicio del Rosario no se deben ni contraponer ni equiparar. Toda expresión de oración resulta tanto más fecunda cuanto más conserva su verdadera naturaleza y la fisonomía que le es propia. Confirmado, pues, el valor preminente de las acciones litúrgicas, no será difícil reconocer que el Rosario es un piadoso ejercicio que se armoniza fácilmente con la Sagrada Liturgia. En efecto, como la Liturgia tiene una índole comunitaria, se nutre de la Sagrada Escritura y gravita en torno al misterio de Cristo. Aunque sea en planos de realidad esencialmente diversos, anámnisis en la Liturgia y memoria contemplativa en el Rosario, tienen por objeto los mismos acontecimientos salvíficos llevados a cabo por Cristo. La primera hace presentes bajo el velo de los signos y operantes de modo misterioso los «Misterios más grandes de nuestra Redención»; la segunda, con el piadoso afecto de la contemplación, vuelve a evocar los mismos misterios en la mente de quien ora y estimula su voluntad a sacar de ellos normas de vida.

Establecida esta diferencia sustancial, no hay quien no vea que el Rosario es un piadoso ejercicio inspirado en la Liturgia y que, si es practicado según la inspiración originaria, conduce naturalmente a ella, sin traspasar su umbral. En efecto, la meditación de los misterios del Rosario, haciendo familiar a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación a la celebración de los mismos en la acción litúrgica y convertirse des-

pués en eco prolongado. Sin embargo, es un error, que perdura todavía por desgracia, en algunas partes, recitar el Rosario durante la acción litúrgica.

El Rosaio, según la tradición admitida por nuestro Predecesor S. Pío V y por él propuesta autorizadamente, consta de varios elementos orgánicamente dispuestos.

a) la contemplación, en comunión con María, de una serie de **misterios de la salvación**, sabiamente distribuidos en tres ciclos que expresan el gozo de los tiempos mesiánicos, el dolor salvífico de Cristo, la gloria del Resucitado que inunda la Iglesia; contemplación que, por su naturaleza, lleva a la reflexión práctica y a estimulante norma de vida;

b) la oración dominical o **Padrenuestro**, que por su inmenso valor es fundamental en la plegaria cristiana y la ennoblece en sus diversas expresiones;

c) la sucesión litánica del **Avemaría**, que está compuesta por el saludo del ángel a la Virgen (cf. Lc 1, 28) y la alabanza obsequiosa de Santa Isabel (cf. Lc 1, 42), a la cual sigue la súplica eclesial **Santa María**. La serie continuada de las **Avemarías** es una característica peculiar del Rosario y su número, en la forma típica y plenaria de ciento cincuenta, presenta cierta analogía con el Salterio y es un dato que se remonta a los orígenes mismos de este piadoso ejercicio. Pero tal número, según una comprobada costumbre, se distribuye —dividido en decenas para cada misterio— en los tres ciclos de los que hablamos antes, dando lugar a la conocida forma del Rosario compuesto por cincuenta **Avemarías**, que se ha convertido en la medida habitual de la práctica del mismo y que ha sido así adoptado por la piedad popular y aprobado por la Autoridad pontificia, que lo enriqueció también con numerosas indulgencias;

d) la doxología **Gloria al Padre**, que, en conformidad con una orientación común de la piedad cristiana, termina la oración con la glorificación de Dios, uno y trino, «de quien, por quien y en quien subsiste todo» (cf. Rom 11, 36).

Estos son los elementos del santo Rosario. Cada uno de ellos tiene su índole propia que bien comprendida y valorada, debe reflejarse en el rezo, para que el Rosario exprese toda su riqueza y variedad. Seá, pues, ponderado en la Oración Dominical; lírico y laudatorio en el calmo pasar de las Avemarías; contemplativo en la atenta re-

flexión sobre los misterios; implorante en la súplica; adorante en la doxología. Y esto, en cada uno de los modos en que se suele rezar el Rosario: o privadamente, recogiendo el que ora en la intimidad con su Señor, o comunitariamente, en familia o entre los fieles reunidos en grupo para crear las condiciones de una particular presencia del Señor (cf. Mt 18, 20); o públicamente, en asambleas convocadas para la comunidad eclesial.

En tiempo reciente se han creado algunos ejercicios piadosos, inspirados en el Santo Rosario. Queremos indicar y recomendar entre ellos los que incluyen en el tradicional esquema de las celebraciones de la Palabra de Dios algunos elementos del Rosario a la bienaventurada Virgen María, como, por ejemplo, la meditación de los misterios y la repetición litánica del saludo del ángel. Tales elementos adquieren así mayor relieve al encuadrarlos en la lectura de textos bíblicos, ilustrados mediante la homilía, acompañados por pausas de silencio y subrayados con el canto. Nos alegra saber que tales ejercicios han contribuido a hacer comprender mejor las riquezas espirituales del mismo Rosario y a valorar su práctica en ciertas asociaciones y movimientos juveniles.

Y ahora en continuidad de intención con nuestros Predecesores, queremos recomendar vivamente el rezo del santo Rosario en familia. El Concilio Vaticano II ha puesto en claro cómo la familia, célula primera y vital de la sociedad «por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia». La familia cristiana, por tanto, se presenta como una Iglesia doméstica cuando sus miembros, cada uno dentro de su propio ámbito e incumbencia, promueven juntos la justicia, practican las obras de misericordia, se dedican al servicio de los hermanos, toman parte en el apostolado de la comunidad local y se unen a su culto litúrgico; y más aún, si elevan en común plegarias suplicantes a Dios: porque si fallase este elemento, faltaría el carácter mismo de familia como Iglesia doméstica. Por eso debe esforzarse para instaurar en la vida familiar la oración en común.

De acuerdo con las directrices conciliares la **Liturgia de las Horas** incluye justamente el núcleo familiar entre los grupos a que se adapta mejor la celebración en común del Oficio divino: «conviene, finalmente, que la familia, en cuanto sagrario doméstico de la Iglesia, no sólo eleve

preces comunes a Dios, sino también recite oportunamente algunas partes de la Liturgia de las Horas, con el fin de unirse más estrechamente a la Iglesia». No debe quedar sin intentar nada para que esta clara indicación halle en las familias cristianas una creciente y gozosa aplicación.

Después de la celebración de la Liturgia de las Horas —cumbre a la que puede llegar la oración doméstica—, no cabe duda de que el Rosario a la Santísima Virgen debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar. Nos queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierta en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida. Sabemos muy bien que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando esto tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro de fa-

milia en ocasión para orar. Difícil, sin duda. Pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlos; no sucumbir ante ellos, sino hacerlos frente. Por eso las familias que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana, deben desplegar toda clase de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común.

Concluyendo estas observaciones, testimonio de la solicitud y de la estima de esta Sede Apostólica por el Rosario de la Santísima Virgen María, queremos, sin embargo, recomendar que, al difundir esta devoción tan saludable, no sean alteradas sus proporciones ni sea presentada con exclusivismo inoportuno: el Rosario es una oración excelente, pero el fiel debe sentirse libre, atraído a rezarlo, en serena tranquilidad, por la intrínseca belleza del mismo.



Rezar con María y como María

Audiencia a 5.000 muchachos del «Rosario viviente» (25-IX-87)

Muy estimados muchacos y muchachas del Rosario viviente:

IMITAR A LA VIRGEN EN LA ORACION

1. Hoy se premia vuestra espera y queda coronada vuestra asidua preparación para este encuentro, esperado también por mí.

Me han hablado de vuestras actividades y de vuestro entusiasmo: de vuestra Asociación y de cómo estáis organizados. Os expreso por ello mi complacencia sobre todo por el propósito de querer imitar cada vez más a la Virgen; y el ver que sois tan numerosos y estáis animados por el mismo sentimiento, da alegría y ánimo a mi corazón de Padre.

Sé que con vuestra presencia queréis también expresar vuestro agradecimiento, en nombre de vuestros padres y profesores, por la Encíclica sobre la «Madre del Redentor» y por el Año Mariano que vamos a empezar.

MEDITAR LOS MISTERIOS DEL SEÑOR

2. Así conocéis también mi pensamiento y mi deseo respecto de la devoción a la Virgen y a su Rosario.

No os canséis nunca de conocer cada vez más a la Madre de Dios y Madre nuestra, y no os canséis sobre todo de imitarla en su completa disponibilidad a la voluntad de Dios, preocupándose solamente por agradecerle y no entristecerla nunca.

Sabéis que es necesario rezar, y queréis hacerlo meditando y recordando lo que Jesús ha hecho y sufrido por nosotros: los misterios de su infancia, de su pasión y muerte, y de su resurrección gloriosa.

Recitando vuestro «misterio» o «decena», seguís la inspiración del Espíritu Santo que, instruyéndoos interiormente, os lleva a imitar más de cerca a Jesús haciéndoos rezar con María y, sobre todo, como María. Es una gran oración contemplativa, muy útil a los hombres de hoy, «que se encuentran todos embargados por las muchas cosas»; es la oración propia de María y de sus devotos.

VENTANAS HACIA EL MUNDO DE DIOS

3. Precisamente los misterios del Rosario se comparan a las ventanas a través de las cuales podéis dirigir y sumergir la mirada hacia el «mundo de Dios».

Sólo desde ese mundo, desde el «ejemplo que Jesús nos ha dejado» (1 Pe 2, 21), aprenderéis a ser fuertes en las dificultades, pacientes en las adversidades, seguros en la tentación.

Estáis organizados en grupos de 15, según el número de los misterios del Rosario y rezáis unos por los otros. Y así, mientras todos juntos ofrecéis a la Madre del Redentor la entera corona de Avemarias, sois escuchados más fácilmente según la Palabra misma del Señor: «Donde

dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20).

La certeza de que Jesús está con vosotros, mientras meditáis con el Rosario, os debe dar coraje para pedirle, por intercesión de la Virgen, la paz y la justicia para la Iglesia y para el mundo.

LA PLEGARIA PREDILECTA DEL PAPA

4. Os sugiere esta petición la fundadora de vuestra Asociación, Paulina Jaricot, indicándoos que la fe se obtiene sólo con la oración.

Pero sobre todo os sugiere esta petición la Madre del Señor, que en Lourdes y particularmente en Fátima ha invitado maternalmente a recitar cada día y de manera devota el Santo Rosario.

Os anima a esta recitación cotidiana también el Papa, que ha hecho del Rosario —como sabéis— «su oración predilecta». Sobre todo os anima, de acuerdo con el nombre que lleváis, a hacer vuestras las virtudes que reconocéis en los misterios del Santo Rosario. Recitad esta oración con vuestros amigos y sobre todo rezadla en familia con el entusiasmo e insistencia que os es propia.

DIALOGO CON NUESTRA MADRE CELESTIAL

5. El Rosario es un verdadero diálogo con María, nuestra Madre celestial. En el Rosario nosotros hablamos a María para que ella interceda por nosotros ante su Hijo Jesús. De este modo hablamos a Dios a través de María.

Acostumbraos, queridos muchachos y muchachas, a rezar el Rosario de esta manera. No se trata tanto de repetir fórmulas, cuanto de **hablar** como personas vivas con una persona viva, que, si no veis con los ojos del cuerpo, podéis sin embargo verla con los **ojos de la fe**. La Virgen, de hecho, y su Hijo Jesús, viven en el cielo una vida mucho más «viva» que esta nuestra —mortal— que vivimos aquí abajo en la tierra.

El Rosario es un coloquio confidencial con María, una conversación llena de confianza y abandono. Es confiarle nuestras penas, manifestarle nuestras esperanzas, abrirle nuestro corazón. Declararnos a su disposición para todo lo que Ella, en nombre de su Hijo, nos pida. Prometerle fidelidad en toda circunstancia, incluso la más dolorosa y difícil, seguros de su protección, seguros de que, si lo pedimos, Ella nos obtendrá siempre de su Hijo todas las gracias necesarias para nuestra salvación.

EL CAMINO DEL CRECIMIENTO HUMANO Y CRISTIANO

6. Que la Virgen Santa dirija siempre su mirada sobre vosotros, estimados muchachos y muchachas. Que os guarde en vuestro camino, en vuestro crecimiento humano y cristiano.

Que proteja también a vuestros padres, profesores y amigos.

Que bendiga ampliamente también a los hermanos y hermanas de la antigua y gloriosa Orden de Santo Domingo, a la que se remonta los primeros orígenes de esta devoción del Rosario, difundida ya hoy en toda la Iglesia.

Con estos pensamientos, sentimientos y deseos imparto de corazón a vosotros mi bendición, que extendo a todas las personas ausentes queridas por vosotros, especialmente vuestros familiares.

LAS QUINCE PROMESAS DE LA SANTISIMA VIRGEN DEL ROSARIO (1)

1.^a Quien me sirviere, rezando constantemente mi Rosario, recibirá gracia especial.

2.^a Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente rezaren mi Rosario.

3.^a El Rosario será un escudo fortísimo contra el infierno, destruirá los vicios, librará de pecados y abatirá la herejía.

4.^a El Rosario hará germinar las virtudes y que las almas consigan copiosamente la misericordia divina: sustituirá en el corazón de los hombres el amor de Dios al amor del mundo, y los elevará a desear las cosas eclesiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!

5.^a El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.

6.^a El que con devoción rezare mi Rosario considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia ni morirá de muerte desgraciada; se convertirá, si es pecador; perseverará en la gracia, si es justo, y en todo caso será admitido a la vida eterna.

7.^a Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los auxilios de la Iglesia.

8.^a Quiero que todos los que rezan mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y plenitud de la gracia y sean participantes de los méritos de los bienaventurados.

9.^a Yo libro muy pronto del purgatorio a las almas devotas del Rosario.

10.^a Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo de una gloria singular.

11.^a Todo cuanto se pidiere por medio del Rosario se alcanzará prontamente.

12.^a Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.

13.^a He impetrado de mi Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la corte celestial.

14.^a Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15.^a La devoción del Santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación a la gloria.

(1) Se creen hechas al BEATO ALANO DE RUPE (o de la Roche), gran apóstol del Rosario, muy favorecido de la Virgen. Véase el comentario del P. Paulino Alvarez a estas promesas en su libro **Glorias del Rosario**, XXXI, págs. 510-524.

La Batalla de Lepanto y el Rosario

ANTONIO AMADO

«Hermosa eres como la Luna, preciosa como el sol, y a la vez terrible como todo un ejército en orden de batalla.»

(Cantar de los Cantares)

El pueblo cristiano desde sus comienzos ha recurrido siempre a la Virgen María como protectora frente a las amenazas de los enemigos. Dice León XIII: «en sus angustias y ante las amenazas de adversarios poderosos, el pueblo fiel ha recurrido siempre al amparo de la Madre de Dios, a la cual llama Auxiliadora de los cristianos, Protectora, Consoladora, Capitana de sus guerras, Vencedora y Pacificadora. Así se vio especialmente cuando los albigenses, sectarios de los maniqueos, guerreaban en la parte meridional de Francia y en otras regiones del mundo latino, contra la Iglesia santa de Dios. Entonces como es sabido, suscitó el Señor al varón santísimo que con las armas del Rosario, como con poderoso instrumento bélico, destruyó a los enemigos y aniquiló la perversa herejía» (1).

La Madre de Dios se sirvió de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, para entregarle ese maravilloso instrumento que desde entonces se ha visto como el remedio más eficaz contra los enemigos de la religión cristiana.

Son muchas las ocasiones a lo largo de la Historia que testifican la validez del Rosario en el campo de batalla. Sin embargo, entre todas las batallas en que el pueblo fiel ha vencido implorando la ayuda de Nuestra Señora del Rosario merece destacarse la batalla de Lepanto: «Por el gran número de combatientes, por las enormes pérdidas de los vencidos y por los beneficios consiguientes en bien de toda Europa, es sobre todas famosa en los anales del Rosario y del mundo la batalla de Lepanto» (2).

Los turcos habían caído sobre Europa, «se apoderaron de Constantinopla, borrarón del mapa el agonizante imperio bizantino y pusieron la media luna coronando la cúpula de Santa Sofía» (3). Los griegos acabaron diseminados por todo el mundo, y no tardarían en atraerse las simpatías de los cristianos. Muhamad II, Selim I y Solimán el Magnífico habían conseguido extender en poco tiempo su poder.

Siguió a Solimán II su hijo Selim II. Muy distinto de su padre «en las costumbres y en la prudencia no tuvo el menor reparo en quebrantar la fe jurada por su padre y aun por él mismo a los venecianos» (4). Se propuso así quitar a Venecia la isla de Chipre, y a este fin envió un poderoso ejército por mar y por tierra que atacando desde puntos distintos obligaría a los venecianos a dividir sus fuerzas. Tan solamente había dos plazas fuertes que eran Nicosia y Famagosta.

«Los turcos no encontraron a causa de su crecido número dificultad alguna para el desembarco y sitiaron a Nicosia que cayó en poder de ellos después de cerca de dos meses de sitio. Como es común en la gente sarracena, se entregaron a toda clase de excesos, habiendo pasado a cuchillo más de mil personas sin distinción de sexo ni edad e hicieron quince mil esclavos, y un riquísimo botín» (5).

Los habitantes de Famagosta, temiendo la misma desgraciada muerte que los habitantes de Nicosia, creyeron más conveniente no ofrecer re-

(1) León XIII. *Supremi Apostolatus*.

(2)

(3) Historia de España. D. Juan Ortega Rubio. Vol. 4, pág. 181.

(4) Historia de la Iglesia. D. Emilio Moreno Cebada. Vol. 3, pág. 324.

(5) *Ibid.*

sistencia, y se entregaron por capitulación. Ni siquiera esto sirvió para frenar la ciega cólera de los enemigos que mataron a un gran número de sus habitantes, e hicieron padecer martirio al gobernador de dicha ciudad.

El Santo Pontífice, San Pío V, se encontraba sobremano aflagado por tan terribles desgracias, y respondiendo a la llamada de los venecianos se propuso formar una liga con todos los príncipes cristianos para humillar la altanería de los musulmanes. Por diferentes causas, si bien la derrota de los musulmanes interesaba a toda Europa, sólo entraron a formar parte de la liga el rey de España Felipe II y la república de Venecia.

«En poco tiempo, animados por las exhortaciones del Papa y ayudados con sus esfuerzos, aportaron más de doscientas galeras, veintiocho navíos de alto bordo, y seis galeotas en las que iba la artillería de grueso calibre. La mitad de los gastos de esta memorable expedición fueron sufragados por Felipe II. Fue nombrado generalísimo de la armada D. Juan de Austria, hijo de Felipe II, varón de un valor extraordinario y de grandes prendas morales y físicas. El Papa por su parte nombró con acuerdo de sus aliados a Marco Antonio Colonna jefe de la escuadra pontificia, designándole al mismo tiempo para mandar en jefe en el desgraciado caso de que muriese D. Juan de Austria» (6).

D. Juan embarcó en Barcelona, llegó a Génova el 26 de julio y después a Nápoles, donde recibió el cardenal Granvela, que por encargo de San Pío V le entregó el estandarte de la Liga. «El estandarte era de damasco azul bordado, con un crucifijo, y a los pies las armas del Papa en medio de las del Rey y los venecianos, y debajo las de D. Juan» (7).

El 15 de septiembre comenzó a salir de Mesina la armada. «El nuncio del Papa concedió a D. Juan las indulgencias que acostumbraba a otorgar la Iglesia a los conquistadores del sepulcro de Jesucristo y bendijo todos los bajeles conforme iban saliendo del muelle» (8).

D. Juan de Austria tenía bajo su mando 200 galeras, 100 naves, 50.000 infantes, 4.500 caballos con municiones y aparatos. Sin embargo no se mostraba del todo tranquilo pues sabía que los

turcos no habían sido nunca derrotados en el mar, y que poseían una armada mayor con 330 barcos que reinaban en el Mediterráneo. Además, tras los últimos acontecimientos «el nombre sólo de los genzaros espantaba a toda la cristiandad».

Las dos armadas, que se buscaban entre Sicilia y Grecia, tardaron veinte días en encontrarse. Fue el día 7 de octubre, domingo, cuando los barcos cristianos descubrieron a primeras horas de la mañana a la armada enemiga no lejos del golfo de Lepanto.

«Muy persuadidos estaban los turcos de que era suya la victoria, atendiendo el mayor número de sus fuerzas, y de tal modo supieron guiar sus maniobras, que lograron rodear la escuadra cristiana para que ni un solo de sus buques escapase a su furor y odio.

En tal disposición se encontraban cuando se dio la orden de combatir. Los dos jefes de la armada cristiana enarbolaban el estandarte que habían recibido del Sumo Pontífice: «Levantaron en la Real un crucifijo con la imagen de Nuestra Señora, donde toda la gente devotamente oró, en tanto que D. Juan pedía en alta voz favoreciese las armas de la cristiandad y a los soldados que le ofrecían sus ánimas y sus cuerpos salvase sanos y enteros, destruyese los turcos con su poder, enemigos de su santísimo nombre y religión santísima, para que fuese ensalzado y alabado de todas las gentes. Publicóse al instante el jubileo e indulgencia plenaria concedida por el Pontífice para los que allí muriesen e hízose la absolución general» (9).

«Jefes y soldados se postraron y saludaron con el mayor entusiasmo la imagen bordada en el estandarte pontificio y todos le pidieron su auxilio, mediante la protección de la Santísima Virgen María, bajo cuyo amparo había colocado Pío V la armada cristiana» (10).

«La batalla dio comienzo. Todas las probabilidades estaban de parte de los turcos, a cuyos buques favorecía el viento que les hacía marchar más rápidamente y que les ayudó a rodear tal como hemos indicado a la armada cristiana. Esto fue causa de que se sobresaltasen los soldados empezando algunos a desalentarse: empero de nuevo acudieron a la protección de la Virgen Ma-

(6) *Ibid.*, pág. 325.

(7) *Historia de España*. D. Juan Ortega Rubio. Vol. 4, pág. 184.

(8) *Ibid.*, pág. 184.

(9) *Don Felipe II*. Cabrera de Córdoba. Tomo II, lib. IX, cap. XXIV.

(10) *Historia de la Iglesia*. D. Emilio Moreno Cebada. Vol. 3, pág. 285.

ría, y vieron con admiración, que variando instantáneamente el aire se les hizo favorable, cargando todo el humo sobre la escuadra de los turcos. El combate fue de los más terribles que consigna la historia. La fe y la protección de la Virgen Santísima hacían de cada cristiano un héroe. A las tres horas de combate, los turcos comenzaron a ceder y hacían por retirarse. Los cristianos que pudieron observarlo se llenaron de mayor regocijo y redoblando sus esfuerzos hacían prodigios de valor. A voz en grito imploraban el auxilio de la Virgen María cuyo nombre era pronunciado por multitud de labios. Por fin, Alí-Bajá, jefe de la armada otomana, sucumbió y apoderándose en seguida D. Juan de Austria de su galera, arrancó el estandarte otomano y en todos los buques resonó el grito de victoria.

¡Triunfo admirable que recuerda con noble orgullo la historia del siglo XVI! Con sólo considerar la superioridad de las fuerzas enemigas, y la cortísima pérdida de los cristianos comparada con la de los otomanos, no podemos menos de reconocer la asistencia de Dios dispensada de un modo tan visible a favor de los cristianos. Conseguido tan portentoso triunfo, los valerosos soldados siguiendo el ejemplo de D. Juan de Austria y de Marco Antonio Colonna, se postraron para rendir gracias fervorosas al Dios de las batallas y a la Santísima Virgen, por cuya poderosa intercesión habían alcanzado tan poderosas mercedes» (11).

«El mismo día de la batalla naval y a las mismas horas los cofrades del Rosario en Roma y en mil pueblos más, pedían al Señor la victoria de la armada cristiana, cantando en procesión y diciendo: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora...» (12).

A las rogativas de los cofrades se unió el Santo Pontífice Pío V que dijo: "Vamos a Santa María de la Minerva a ofrecer a la Virgen nuestros rosarios por la victoria de los cristianos".

«Así, San Pío V, que mientras los soldados defendían la causa de la Religión elevaba al cielo el incienso de su oración, tuvo en el momento revelación del triunfo conseguido por los cristianos, y tan persuadido quedó de que era debido a la protección de la Santísima Virgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, «en acción de gracias por la gloriosa victoria que en este día consiguieron los cristia-

nos de los turcos en una batalla naval por la particular protección de la Santísima Virgen.

Y como quiera que el dicho Santo Pontífice se había valido de la devoción del Santo Rosario para impetrar la protección de la Santísima Virgen María a favor de los soldados cristianos, ordenó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del Santísimo Rosario; y el Sumo Pontífice Gregorio XIII reconociendo que la batalla ganada a los infieles se debía a esta devoción, ordenó en justo reconocimiento a la Santísima Virgen, que en adelante se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de octubre en todas las iglesias donde existiese esta devotísima cofradía, a la que después han enriquecido muchos soberanos pontífices con innumerables gracias y privilegios, como puede verse por los catálogos que conservan siempre las cofradías que en gran número se hallan establecidas en los pueblos cristianos, con el objeto de honrar a la Madre de Dios y de los hombres y de implorar su protección y amparo» (13).

Al enterarse de la victoria el emperador de Alemania escribió: «Por los méritos del Rosario de su Madre ensalzó Dios nuestra fe».

Y el Senado de Venecia declaró: «No los generales, no las armas, sino María del Rosario nos hizo vencedores».

Para finalizar reproducimos un fragmento de las Memorias del monje escurialense Fr. Juan de San Jerónimo sobre cómo se enteró Felipe II de la victoria de nuestra armada:

«Vino la nueva a S.M. el Rey D. Felipe nuestro señor en este su monasterio de San Lorenzo el Real estando en vísperas en el coro, que fue en ocho días de noviembre en la octava de todos los Santos del dicho año de 1571, y el correo que traía la nueva de parte del Sr. D. Juan de Austria trajo el estandarte Real del Turco... el que tienen los turcos en gran veneración, como en el Cristianismo se tiene el Santísimo Sacramento; el cual estandarte mandó S.M. se quedase en este monasterio en memoria que le había aquí venido la nueva de tan señalada victoria.

El primero que dio la nueva a S.M. fue D. Pedro Manuel, el cual entró en dicho coro demudado y de prisa, y no con la cotidiana composi-

(11) Ibid., pág. 285-286.

(12)

(13) Historia de la Iglesia. D. Emiliano Moreno Cebada. Vol. 3, pág. 287.

ción, y con voz alta dijo cómo estaba junto a su aposento el correo de D. Juan de Austria, que traía la nueva de lo acontecido en la guerra, y S.M. no se alteró ni demudó, ni hizo sentimiento alguno, y se estuvo con el semblante y serenidad que antes estaba, con el cual semblante estuvo hasta que se acabaron de cantar las vísperas; y luego llamó al prior de dicho monasterio Fr. Hernando de Ciudad Real, que le tenía allí junto en su silla, y le mandó que en hacimiento de gracias se cantase luego el Te Deum laudamus... con las

oraciones que en el procesionario de la orden están señaladas; el cual acabado el dicho prior le besó las manos, y le dio el parabién de parte suya y de todo el convento, del buen suceso y victoria que Nuestro Señor le había dado a S.M. en favor de la cristiandad, y luego el Rey nuestro señor se fue a su aposento con gran regocijo y alegría, como la nueva lo pedía» (14).

(14) Historia de España. D. Juan Ortega Rubio. Vol. 4, pág. 457.



EL SANTO ROSARIO EN LA PREDICACION DE MONSEÑOR JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

María Dolores Fernández Garrido

El 7 de junio de 1987 comenzó el Año Mariano proclamado por Juan Pablo II en su encíclica **Redemptoris Mater**: «La Iglesia, a lo largo de toda su vida —explicaba el Santo Padre—, mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia. Precisamente el vínculo especial de la humanidad con esta Madre me ha movido a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del segundo Milenio del nacimiento de Cristo, un Año Mariano. (...) Siguiendo la línea del Concilio Vaticano II, deseo poner de relieve la **especial presencia** de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia» (nn. 47-48).

Se trata, pues, de preparar la celebración del segundo milenio de la venida de Jesucristo a la tierra, con la ayuda de quien está más íntimamente relacionada con los grandes Misterios de la Encarnación y de la Redención: Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra. Este título, que tiene profundas connotaciones teológicas, la hacen acreedora de todo nuestro agradecimiento, cariño y veneración.

En este contexto de amor a la Virgen y de profundización en su singularísimo papel corredentor, resulta lógico —de una lógica sobrenatural— que el Santo Padre haya unido buena parte de las indulgencias que se pueden lucrar durante este año al rezo del Santo Rosario (como es ya tradicional, en familia, o en algún santuario dedicado a la Virgen). Y esta llamada, en un mes como el de octubre que se dedica concretamente a tal devoción, parece que se hace más urgente. No en vano, en la conciencia de todos los católicos se encuentra la certeza de que el Rosario —compendio de aquellos grandes misterios— es la oración preferida de Nuestra Señora: así lo ha manifesta-

do Ella en Fátima y en Lourdes; y así también lo han recordado los Romanos Pontífices en innumerables ocasiones: «No dejéis de inculcar con todo cuidado la práctica del Rosario —insistía Pablo VI, en la encíclica **Mense maio** (29.IV. 1965)—, la oración tan querida de la Virgen y tan recomendada por los Sumos Pontífices, por medio de la cual los fieles pueden cumplir de manera más suave y eficaz el mandato del Divino Maestro: "Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirán" (Math. VII.7)».

De semejante modo, siguiendo fielmente esta continua recomendación del Magisterio de la Iglesia y lo que le dictaba su profundo amor a la Santísima Virgen, el Siervo de Dios Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, desde los primeros años de su predicación sacerdotal urgía a todos a esta práctica de recia piedad mariana: bien comprobado tenía que el Rosario es «arma poderosa, para vencer en nuestra lucha interior y para ayudar a todas las almas» (1). Convencido de esta realidad, sembró de avemarías muchos caminos de Europa e Hispanoamérica: de esta manera, con el recurso confiado a la Señora, hizo posible el asentamiento de la Obra de Dios en los distintos países. De ahí que sean incontables las romerías que hizo a ermitas y santuarios dedicados a la Virgen, y las que se han hecho y hacen bajo su impulso espiritual. Y aún le parecía poco. Quería que se aumentara el amor a nuestra Madre del Cielo también de otro modo. Y así surgió la idea —que sólo pudo ver hecha realidad al final de su vida— de levantar un santuario en honor de Nuestra Señora, a donde pudieran acudir peregrinos de todo el mundo y del que esperaba —como ha

(1) **Santo Rosario**, Madrid, Rialp, 1982 (25ª ed.), pág. 11.

ocurrido— un «derroche» de gracias espirituales.

Es el santuario de Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad, construido en su tierra aragonesa, como muestra de agradecimiento, y para impetrar conversiones, decisiones de entrega, renovación de las almas. Con el espíritu de amor y de penitencia que deseaba para todos los que acudieran a Torreciudad, como un romero del medioevo, pudo ir Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer dos veces a este santuario (1972 y 1975). Han pasado ya varios lustros, y se han cumplido muchos de los milagros espirituales que el Siervo de Dios esperaba de Nuestra Señora bajo esta advocación: «serán muchos —había comentado—, frecuentísimos, y pasarán escondidos sin que puedan hacerse estadísticas» (2).

En **Camino** había escrito que «a Jesús siempre se va y se "vuelve" por María» (3): Ella es el camino más corto, más sencillo, más amable para llegar al amor de Dios y para recuperarlo, si se ha tenido la desgracia de apartarse de él. Y el modo más asequible para conseguir la intimidad con la Señora y, de su mano, con los grandes misterios de la Encarnación y de la Redención, es el rezo del Rosario. Como fruto de estas consideraciones, nació su libro **Santo Rosario**, publicado por primera vez en 1934. Este libro es una bella y profunda meditación sobre los quince misterios que se rezan en esta devoción mariana, escrito, como dice el autor en el prólogo, «para que tú y yo nos sepamos recoger en oración, a la hora de rezar a Nuestra Señora» (4).

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer vivió y enseñó siempre que la práctica de la oración vocal nunca es algo hueco o externo, sino, en todo momento, trato íntimo: petición, acción de gracias, desagravio..., y que en el Santo Rosario se dignifica por el alto valor de las oraciones que se recitan: el Padrenuestro, la salutación angélica, el Gloria a la Trinidad. Por esta razón, el Fundador del Opus Dei procuraba rezarlo con especial cariño y delicadeza, y así lo transmitía a los demás: «Despacio. — Mira qué dices, quién lo dice y a quién. — Porque ese hablar deprisa, sin lugar para la consideración, es ruido, golpeteo de latas. Y te diré con Santa Teresa, que no lo llamo

oración, aunque mucho menees los labios» (5).

Desde esta perspectiva, el rezo del Rosario no es nunca algo rutinario, sino muy personal, algo que mueve siempre al Amor. Del mismo modo que los enamorados se dicen siempre las mismas cosas, al dirigirnos a Santa María con la repetición de tantas oraciones vocales, le estamos declarando, sin cansancios, nuestro amor. En **Surco**, otro de los libros de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer escrito con la intención de fomentar y facilitar la oración personal, el Siervo de Dios recoge algunos hechos de su experiencia sacerdotal en este sentido. Así, en el punto 475: «"Virgen Inmaculada, bien sé que soy un pobre miserable, que no hago más que aumentar todos los días el número de mis pecados..." Me has dicho que así hablabas con Nuestra Madre, el otro día. Y te aconsejé, seguro, que rezaras el Santo Rosario: ¡bendita monotonía de avemarías que purifica la monotonía de tus pecados!». Y en el anterior: «El Rosario es eficazísimo para los que emplean como arma la inteligencia y el estudio. Porque esa aparente monotonía de niños con su Madre, al implorar a Nuestra Señora, va destruyendo todo germen de vanagloria y de orgullo» (6).

El Santo Rosario es oración vocal y contemplación. Porque, como señalaba Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer en una de sus homilias recogida más tarde en **Amigos de Dios**, «en el Santo Rosario —esa maravillosa devoción, que nunca me cansaré de aconsejar a todos los cristianos— pasan por nuestra cabeza y por nuestro corazón los misterios de la conducta admirable de María, que son los mismos misterios fundamentales de la fe» (7). Para facilitar esta contemplación, sugería pasarse unos segundos, antes de comenzar el rezo de cada decena, para considerar el misterio, revivirlo, y adentrarse en él como un personaje más. Ya en 1934, en su pequeño libro de meditaciones sobre cada uno de los quince misterios de la vida de Cristo y de su Madre, Monseñor Escrivá de Balaguer descubría su propia intimidad para ayudar a los demás en el rezo de esta plegaria: «No se escriben estas líneas para mujercillas —señalaba—. Se escriben para hombres muy barbados, y muy... hombres, que alguna

(2) **Hoja informativa** n.º 5, pág. 18.

(3) **Camino**, n.º 495.

(4) **Santo Rosario**, cit., pág. 18.

(5) **Camino**, n.º 85.

(6) **Surco**, núms. 475 y 474. Madrid, Rialp, 1986, pág. 218.

(7) **Amigos de Dios**, n.º 291. Homilía «Madre de Dios, Madre nuestra», que fue pronunciada el 11.X.1964. Madrid, Rialp, 1978, pág. 404.

vez, sin duda, alzaron su corazón a Dios, gritándole con el Salmista: "Notam fac mihi viam, in qua ambulem; quia ad te levavi animam meam". — Dame a conocer el camino que he de seguir; porque a ti he levantado mi alma (Ps. CXLII, 8). He de contar a esos hombres un secreto que puede muy bien ser el comienzo de ese camino por donde Cristo quiere que anden. Amigo mío, si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño. Ser pequeño exige creer como creen los niños..., rezar como rezan los niños. Y todo esto junto es preciso para llevar a la práctica lo que voy a descubrirte en estas líneas: **El principio del camino** que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima (...) **Hazte pequeño**. Ven conmigo y —éste es el nervio de mi confianza— viviremos la vida de Jesús, María y José. Cada día les prestaremos un nuevo servicio. Oiremos sus pláticas de familia. Veremos crecer al Mesías. Admiraremos sus treinta años de oscuridad... Asistiremos a su Pasión y Muerte... Nos pasmaremos ante la gloria de su Resurrección... En una palabra: contemplaremos, locos de Amor (no hay más amor que el Amor), todos

y cada uno de los instantes de Cristo Jesús» (8). Desde el principio y hasta el final de su vida, el objetivo de la predicación de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer sobre esta oración concreta no fue otro que el de ayudar a quienes le escuchaban o a los que leyeron sus escritos, a dirigirse confiadamente y con sencillez, como hijos que se saben especialmente queridos, a Santa María y, a través de Ella, a la Santísima Trinidad, mediante la contemplación de los misterios de la vida del Señor y de la Virgen.

En el panorama general de este Año Mariano, todas estas consideraciones adquieren particular sentido. Podría decirse que, con el rezo del Santo Rosario entendido de este modo, se cumple de una manera compendiada lo que Juan Pablo II se proponía al proclamarlo: que redescubramos, por el trato amoroso con Santa María, el especial vínculo que la une al Misterio de Cristo y de su Iglesia y, por tanto, a la Humanidad entera.

(8) **Santo Rosario**, cit., pág. 15-17.

HOMILIA DE JUAN PABLO II EN KINSANGANI, ZAIRE (5-V-1980)

María debe acompañar vuestra vida. Debemos confiarle esta vida. Y la Iglesia nos propone justamente para ello una oración muy sencilla, el Rosario, ese Rosario que puede tranquilamente desgranarse al ritmo de nuestras jornadas. El Rosario, lentamente rezado y meditado, en familia, en comunidad, individualmente, os hará entrar poco a poco en los sentimientos de Cristo y de su Madre, evocando todos los acontecimientos que son la clave de nuestra salvación. Al compás de las Ave-marías, contemplaréis el misterio de la Encarnación de Cristo, del que ya hemos hablado, la Redención de Cristo y también el fin hacia el que tendemos, en la luz y en el descanso de Dios. Con María, abriréis vuestra alma al Espíritu Santo, para que inspire todas las grandes tareas que os esperan. Con ello, las madres cumplirán su papel de portadores de vida, de guardianas y educadoras del hogar.

Que María sea vuestra ayuda y vuestro consuelo. Amén.

El Rosario y su mística filosofía

TORRAS Y BAGES

ESENCIA DEL ROSARIO

La fe es la vida del alma, la fuerza de la sociedad cristiana, el sostén de la virtud. Al desaparecer la fe muere el alma, ciérrasele el camino de la gloria y ábresele el de su eterna condenación. El mismo Jesucristo dice que el que no tenga fe se condenará, y que sin ella es imposible agradar a Dios. El divino Pedagogo de la humanidad estableció medios eficaces y sencillos, sublimes y populares a la vez, para la difusión de la fe en los corazones de los hombres, y al objeto de que arraigase en ellos de una manera vivaz y robusta. La fe se introduce en el hombre de una manera misteriosa; no es un hombre que la infunde a otro hombre, es Dios mismo quien la comunica al corazón del creyente, muchas veces de una manera callada y sigilosa; de modo que sin sentir su entrada, encuéntrase con ella sin saber por dónde le ha venido. Lo mismo pasa con el desarrollo y crecimiento de esta sobrenatural virtud. La fecundación de sus gérmenes, su crecimiento y desarrollo, el fructificar de la misma, proviene siempre de una influencia divina, del riego sobrenatural de la gracia. Es cierto que nadie puede orar sin creer, a lo menos de una manera rudimentaria; pero también lo es que la oración es madre de la fe, y que no hay misionero, ni apóstol, ni ángel del cielo, ni doctor de la Iglesia, ni apologista cristiano, ni catequista católico, que haya difundido la fe en tantos corazones como la oración humilde que penetra los cielos. Los que se dicen incrédulos dejarán de serlo el día en que oren; los que son indiferentes se sentirán compelidos con ímpetu si doblan sus rodillas, y de corazón invocan al Padre que está en los cielos. El mundo es incrédulo porque no ora; el pueblo ha sido de veras cristiano cuando haorado con constancia y fervor. La influencia de la ora-

ción en el crecimiento de la fe, en la disipación de las dudas, en enfervorizar los corazones, no es una verdad tan sólo dogmática, sino de experiencia humana y cotidiana. Por esto el mundo, más que doctores necesita santos, a quienes pueda decir lo que los discípulos a su divino Maestro: «Enseñadnos de orar». Un antiguo Pontífice formuló en pocas y expresivas palabras la ley de la fe y de la oración, al decir: «La ley de la oración estableció la ley de la creencia»; **Legem credendi, lex statuit supplicandi**; los pueblos cristianos que llamaron predicadores del Evangelio a los predicadores del Rosario confirmaron la ley, y los numerosos herejes que unas veces con furor y otras con burlas atacaron esta santa devoción, prueban claramente que la oración es la celeste mensajera de la fe, el ángel divino que fortifica las creencias en los humanos corazones. Ora y creerás. Si todos los dones dimanar de Dios, ¿por ventura no vendrá de El el que es el más excelente de todos, fundamento de la virtud y requisito necesario de la salvación? Mas si de la oración en general puede decirse que es semilla de fe, de un modo más particular debe decirse del Rosario; el principio **legem credendi, lex statuit supplicandi**, es la pura expresión de los efectos que causa el Rosario en aquellos que lo rezan, porque en ellos la fe se desarrolla vigorosa, lozana y fecunda. Por esto los Romanos Pontífices a quienes ha tocado regir la Iglesia en épocas de herejías o de indifeerncia, han acudido a este dulce remedio del Rosario; y armados del mismo han evangelizado extensas regiones, no sólo los misioneros de la Orden de santo Domingo, jardín nativo del celestial Rosario, sino también otros muchos de distintas Ordenes religiosas, sobresaliendo entre todos aquel príncipe de misioneros, el admirable san Francisco Javier.

La vida sobrenatural del cristiano moderno

hállase bajo la mala sombra de un mundo material en gran desarrollo, y de una sensualidad creciente cada día, refinada y elegante en las clases ricas, brutal y amenazadora en las clases populares; en ambas igualmente corruptora. La fe es una planta que se desenvolvió en los desiertos, en las cuevas de los cenobitas, entre ayunos y maceraciones de la carne; o en las grandes ciudades paganas a los crueles golpes de la persecución y del martirio. Las delicias vuelven imbécil el espíritu del hombre; y la fe, que es la última perfección del entendimiento, requiere una inteligencia y un corazón purificados, según aquella divina sentencia: «Bieaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». En las modernas generaciones la fuerza natural del alma se ha achicado, la potencia para alcanzar las sutiles cosas del orden sobrenatural ha disminuido, y por lo tanto la devoción del santísimo Rosario, que es la perenne oración de la cristiandad, tiene hoy día una oportunidad extraordinaria por la suma facilidad y sencillez, al par que profundidad, que la caracterizan.

Por otras partes también la celestial inspiración el Rosario enlázase con la misma naturaleza del hombre, y más aún con el hombre moderno. Como el hombre, tiene el Rosario alma y cuerpo; es decir, es una materia animada, hay palabras materiales, frases y oraciones entre sí discretamente enlazadas, **Padre nuestros** y **Ave Marías** dispuestos de tal manera, que son como los distintos miembros de un cuerpo, el cual está vivificado por la meditación y consideración de los principales misterios de la fe cristiana; y así al místico susurro de la oración que pronuncia la lengua, ezcitase la oración del espíritu, y a la vez se adormecen los sentidos, y es como las alas con que el alma vuela hasta el acatamiento divino. Nos es muy difícil elevar el espíritu por encima de la materia; es mucho más fácil espiritualizar la materia, y Dios, que quiso que en nosotros materia y espíritu andasen hermanados, ha querido también que en ésta, la más excelente de las oraciones, hubiese también palabras materiales pronunciadas por la lengua, y pensamientos purísimos deleitosamente concebidos y rumiados por el entendimiento. Por las cosas sensibles nos elevamos a Dios, el más puro de los espíritus; Dios quiso ser visto y tocado por los ojos y las manos de los hombres, cuando vistiéndose de nuestra mortal carne pasó por el mundo derramando bienes; y no desdeñó nuestra tosca vestidura al su-

birse a los cielos, desde donde reina y reinará para siempre sobre los ángeles y sobre los hombres, siendo Dios verdadero y hombre como nosotros.

Por esto hemos dicho que el Rosario debe ser simpático al hombre moderno. La humanidad es el ideal moderno; recházase todo lo que no es humano; prescínlese, como quería prescindir santo Tomás, apóstol, de todo lo que no se ve y palpa; y he aquí que el Rosario va presentando a los ojos del cristiano la humanidad rehabilitándose, elevándose, y al último sentándose en el mismo trono de la Divinidad, en la adorable Persona de nuestro Señor Jesucristo; y ve a Dios en la tierra y en el cielo con sus ojos materiales, no debe morir y expeler su carne para contemplar la Divinidad, y como santo Tomás, ve y toca a Dios hecho hombre en el establo de Belén, en la cruz del Calvario y en el trono de los cielos. Es cierto que todo lo humano nos interesa y deleita y se nos hace comprensible, por lo cual el argumento del Rosario siempre vivirá en la memoria de los hombres, y su uso será sempiterno en el pueblo cristiano. La base de todos los errores y el imán de todas las pasiones de la gente moderna es el culto de la humanidad: pues bien; el Rosario es la apoteosis de la Humanidad, ungida con la plenitud de la virtud divina, el canto triunfal el Hombre que con sus propias fuerzas escaló el cielo, entronizándose en el mismo. ¿Por ventura en Jesucristo no estaban todos los hombres?

Nuestro Smo. Padre, el Papa León XIII, dice que es hermosísima la forma del Rosario, y su hermosura proviene de la perfecta combinación de lo divino y lo humano, lo espiritual y lo material. Orar es elevar nuestra mente a Dios; mas ¿quién sube a tales alturas? Por esto el Rosario considera, es cierto, a Dios, mas nos lo pone cabe nosotros y vestido de nuestra propia carne; el Dios-Hombre es el objeto continuo de su consideración, y por Jesucristo, Señor nuestro, subimos al Padre, pues ya El mismo nos dijo: «Nadie irá al Padre sino por medio de Mí (1)». Hay pocos que sepan engolfarse en la meditación, dando rienda suelta al espíritu y manteniéndose quietos los sentidos corporales; por lo cual la divina inspiración del Rosario atendió a esta flaqueza humana, y mientras la mente se ocupa en considerar los pasos de la vida humana de Dios, la lengua se desata pronunciando las alabanzas divinas. He

(1) Joan, XIV, 6.

aquí por qué el Rosario es una devoción universal, al alcance de todos, deleitosa y provechosa a todos: para que así como una es la fe, una sea también la oración con la cual el pueblo cristiano se une con su Dios.

Nuestra generación quiere ser democrática, y lo es ya en buena parte, aunque de una manera viciosa: pretende que todos los ciudadanos puedan ser llamados a los más altos lugares, que haya las menores diferencias sociales posibles, que todo sea puesto a nivel; pues bien, es indudable que el Rosario es la devoción más adecuada a este estado social. Todo un pueblo puede orar uniformemente con unos mismos pensamientos, con idénticas palabras, poseído de unos mismos sentimientos. El Rosario es el sufragio universal de la oración; y el día en que los pueblos modernos lo adopten, el sufragio político quedará purificado, la sociedad volverá a su quicio natural y cristiano, y sean cuales fueran las formas de gobierno que dominen, la ley del Criador y del Redentor será otra vez la que rija las naciones cristianas. Es cierto que el Espíritu Santo guía al Vicario de Cristo en la tierra, y al promulgar León XIII a la faz de todos los pueblos la gran verdad cristiana de la indiferencia, bajo el punto de vista de la fe, de todas las formas de gobierno, y a la vez de la necesidad de la Religión para el buen régimen de los pueblos, inmediatamente ha promulgado el Jubileo del Rosario como un medio, dice el Pontífice, para acercarse lo más posible al ideal de una sociedad cristiana perfecta.

La universalidad del Rosario, el que deba ser, y sea en efecto, la oración de todo el pueblo redimido por Jesucristo, de toda la sociedad comprendidos todos los miembros de la misma, proviene de su gran facilidad, y es argumento de su maravillosa excelencia. Es sabroso pasto para el alma ignorante de la pobre vieja mendiga y para el poderoso talento de un doctor Recamier, celebridad médica contemporánea, que yendo a visitar sus enfermos aprovechaba los ratos para rezarlo devotamente, atravesando aquellas calles de París infestadas por el hedor de los vicios, y escandalizadas por todas las impiedades. No es un raciocinio profundo que requiera un perfecto aislamiento, la quietud de la soledad o un recogimiento de espíritu que no a todos es asequible; aun en las situaciones más violentas, en los pasos más aterradores, háse visto al cristiano rezar su Rosario con devoción. Refiere el señor don Justo Ogínaga, capitán de un buque de la Compañía de

A. López, que navegando uno de estos últimos años por el mar Atlántico fue visto por la gente de su embarcación un bulto que flotaba sobre las olas, y que al parecer era un hombre; mandó el citado capitán dirigir el barco hacia aquella dirección, y recogieron piadosamente al naufrago, que resultó ser un joven marinero indio que se encontraba en el lleno de la tranquilidad y la serenidad de espíritu. Interrogado de cómo había venido a caer al mar, y en qué se fundaba su ingenua y hasta chocante calma, dijo que yendo a bordo de otro barco, estaba pintando el costado del mismo sentado en la guíndola, con la que cayóse al agua sin que fuera notado de los suyos, que prontamente se alejaron del sitio. «Y ¿qué hacías, le preguntó el capitán, estos dos días que abandonado flotabas sobre las olas? —Rezaba el Rosario, contestó el indio, y esperaba que la Virgen me enviara un barco». «Y se lo envió en realidad, dice el capitán, porque le salvamos el día 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, que es la principal de todas las dedicadas a María santísima». Esta suma serenidad de un hombre que va rezando el Rosario flotando sobre el abismo de las aguas, sostenido sólo por una frágil tabla, no se atribuya a la proverbial impasibilidad de la raza india a que pertenecía el sujeto mencionado; en las historias de la Orden de santo Domingo se encuentran muchos casos de personas pertenecientes a nuestra viva e impresionante raza, que han caminado a la muerte tranquilos y serenos con el rosario en la mano; y ¿cuántos hemos visto el cuadro hermosísimo, iluminado de luz celestial, de una familia amantísima rezando suavemente el Rosario alrededor del lecho del individuo más interesante de la misma, en los últimos momentos de su agonía?

El Rosario no sólo armoniza con estas situaciones tremendas, por las que debe pasar el miserable decendiente de Adán repetidas veces; no sólo es fácil su rezo al hombre concentrado por el dolor, que hace de él la interjección manifestativa de un profundo sentimiento; lígase también perfectamente con las situaciones más placenteras, acomódase a los espíritus más ingenuos, a las almas de más fresco temple. ¿Quién no ha oído un coro de niños repitiendo el canto de las saluciones angélicas, como el eco de cánticos celestiales? Y es porque el Rosario es místico idilio en sus misterios de gozo, tremenda y divina tragedia en los de dolor, y triunfante y épico canto en los de gloria. La repetición, fastidiosa para los espíritus

superficiales o atolondrados, es un medio excelente para facilitar la oración, y hacerla posible en todas las almas. David, el hombre de más alta y vehemente oración, repite muchas veces sus ideas y aun unas mismas frases en sus salmos; y Jesucristo, Señor nuestro, el eterno sacerdote de la humanidad, cuya oración es omnipotente, al retirarse el día antes de su Pasión a la soledad del Huerto de las Olivas para fortificar su corazón abatido, con la oración, repitió con gran encarecimiento varias veces las mismas palabras a su divino Padre. El cristiano siempre ha de pedir lo mismo, aquella sola cosa necesaria de la cual decía el Señor a Marta que únicamente debía tener cuidado; pues si sólo hemos de pedir una cosa, y la expresión de la misma está ya perfectamente formulada por nuestro Redentor y Maestro en la oración dominical, ¿por qué no la hemos de repetir continuamente?

Hecha la súplica de este **unum necessarium** de que nos habla el Evangelio, de este solo bien que el hombre debe desear, porque es un bien que comprende todos los bienes, y fuera del cual no hay verdadero bien, y que consiste en la felicidad temporal y eterna de nuestra alma, reconociéndose el hombre incapaz de alcanzarlo, acude a María santísima, universal abogada, poderosísima intercesora entre los hombres y su divino Hijo. El elocuente san Bernardo, antes que el apostólico santo Domingo de Guzmán ordenase el Rosario de María, pronunció estas hermosas y atrevidas palabras: **Quiso Dios que no alcanzásemos ninguna gracia que no pasase por las manos de la gloriosa Virgen** (1). El peso de su autoridad materna inclina la balanza de la justicia divina en nuestro favor, y suple lo que falta a nuestras huecas plegarias. Otro Santo, que cita san Alfonso María de Liguori, dijo que María podía tanto con sus súplicas, como Dios con su imperio. La Madre de Jesucristo resume las intercesiones de todos los Santos, y su súplica vale más que la de todos ellos juntos, porque Dios oye más fácilmente a quien más ama; y por ventura ¿no ama más a María que a todas las restantes criaturas? Por esto el célebre Juan Gerson, canciller de la Universidad de París, sostenía que Nuestra Señora constituía por sí sola una jerarquía aparte, superior a todas las jerarquías y sólo inferior a la jerarquía divina, con la cual de otra parte

está íntimamente enlazada. Las perfecciones humanas, esparcidas por entre todos los hijos de nuestro linaje, y las angélicas, invisibles a nuestros ojos corporales, pero que resplandecen en las criaturas puramente intelectuales, están reunidas como en un haz en aquella Mujer adorable, cuyo amor intenso a Dios debía ser correspondido hasta el extremo, de que el Omnipotente descendiese a su virginal seno.

Tenemos ya el eslabón que une con la cadena del amor a Dios y María; el que nos une a nosotros con esta celestial Reina es el rezo devoto del santo Rosario. No hay palabras más dulces para la Virgen, que más la inclinen en favor nuestro, que más propicia la hagan a nuestras súplicas, que con mayor seguridad de éxito en nuestras pretensiones podamos emplear, que las que el Arcángel san Gabriel derramó en su casto oído, como néctar divino, que consumaron el incendio de la caridad, que ya desde su purísima concepción la unía con Dios, y que ahora la identifican con El al bajar a vivir en sus entrañas el mismo Verbo eterno. «El cielo sonrío, los ángeles se alegran, huyen los demonios, tiembla el infierno todas cuantas veces con reverencia decimos AVE MARIA... Es como darte un amoroso beso, oh Virgen, cada vez que te hacemos oír este verso: AVE MARIA... Tantas veces, oh benditísima, te besamos cuantas con el AVE MARIA te saludamos... Por lo tanto, carísimos hermanos, acercaos a su Imagen, doblad la rodilla y dadla un beso, diciéndola: AVE MARIA». El beso es expresión de amor y engendrador de amor; enciende los corazones; se repiten los besos y auméntase el afecto, y nunca acabarían de darse besos los que de veras se aman. La sucia carne envenena la pureza del beso; pero los besos del espíritu, esos besos del alma a la purísima Virgen, de que nos habla san Bernardo, pueden repetirse y multiplicarse multiplicando el afecto del cristiano; el amor mutuo entre María y sus devotos crece al compás de los Rosarios que éstos le rezan; el suave deleite del amor excita al mortal a dirigir y a repetir a la Virgen las palabras con que la saludó el Angel san Gabriel; y la celestial Señora siente vibrar su corazón al influjo de aquellas palabras, y enciéndese de un amor purísimo e inefable hacia el humilde cristiano que se las dirige, otorgándole la gracia que solicita.

* Del libro del mismo título.

(1) In Vigil. Nat. Dom. Setm. III.

GOIGS DE NOSTRA SENYORA DEL ROSER

PER ÉSSER CANTATS
SANT VICENTS

EN EL SEU ALTAR DE
DE SARRIÀ



Vostres goigs amb gran plaer
cantarem, Verge Maria,
puix la Vostra Senyoria
és la Verge del Roser.

Déu plantà dins Vos, Senyora,
lo Roser molt excel·lent,
quan Vos feu mereixedora
de concebre'l purament,
donant fe al Missatger
que del cel Vos trametia,
Déu lo Pare, qui volia
fósseu Mare del Roser.

Del Sant Ventre produïda
la planta del Roser verd,
fou dels àngels circuïda
i servida amb gran concert,
i restà pur i sencer
Vostre Cos amb alegria,
quan parís en la establia
lo Celestial Roser.

Quan los Reis devots sentiren
dèl Roser la gran olor,
amb la estela ensems partiren
per adorar lo Senyor,
i trobaren ser lo ver

de Balaam la protecia,
com Vostre Mercè tenia
en los braços lo Roser.

Gran delit Vos presentava
vostre Fill ressucitat
amb cinc roses que portava
a les mans, peus i costat,
per les quals lo Llucifer
que dels sants l'Infern omplia,
fou robat en aquell dia
que flori lo Sant Roser.

Reparada la gran erra
de Adam per mort cruel,
trasplantat fou de la Terra
lo Roser dalt en lo Cel,
i pujant amb gran poder
lo partir no us entristia,
contemplant Déu com rebia
amb gran goig lo Sant Roser.

No fou de menor estima
lo goig de l' Esperit Sant,
quan vingué de l'alta cima

en vostre Col·legi Sant
i regà aquell planter
que lo gran Déu elegia
per estar en companyia
del celestial Roser.

Vostra vida ja acabada
lo major dels goigs sentís
com Déu sou presentada
trionfant en Paradís,
qui Senyora os volgué fer
del gran hort que posseïa,
col·locant-vos, com devia,
sota l'ombra del Roser.

Manà Vostra Senyoria
als Frares Predicadors,
que de Vostra Confraria
fossen institutors,
i aixís ells la han fundada
obeïnt vostre voler,
dignament intitulada,
Verge i Mare del Roser.

Puix mostreu Vostre poder
fent miracles cada dia,
preserveu, Verge Maria,
als confreres del Roser.

